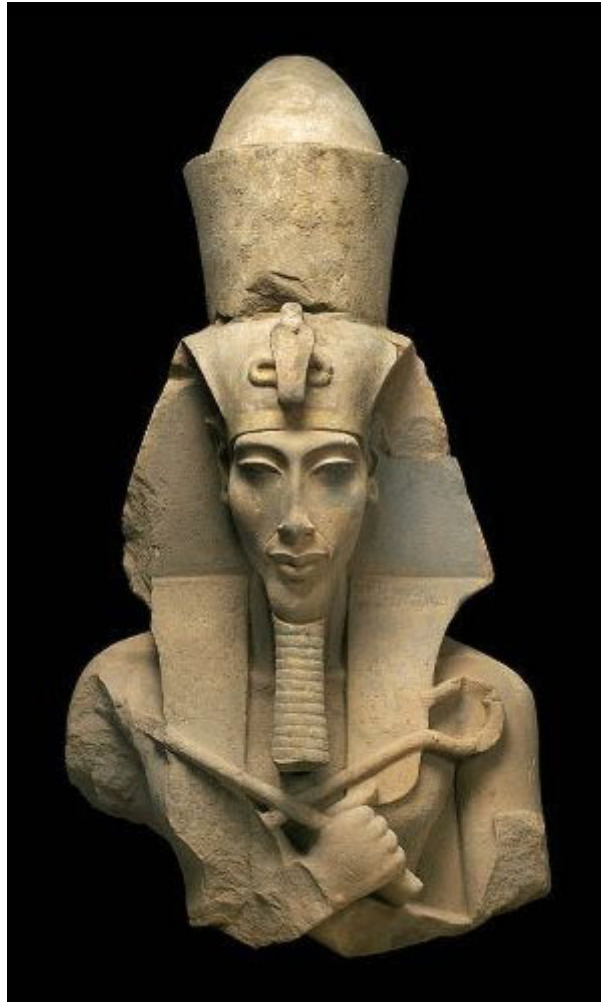


# LA REVOLUCIÓN DE AJENATÓN

EN BUSCA DE LA RESTITUCIÓN DEL PODER REAL



Coloso de Amenhotep IV (Ajenatón). Museo Egipcio (El Cairo)

TFC – MEMORIA EN CLAVE DE PRESENTE

Autora: Luisa Pérez García

Consultor: Jaume Claret Miranda

UOC – 2013

## ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN.
2. MARCO HISTÓRICO.
  - 2.1. El Segundo Período Intermedio.
  - 2.2. El Imperio Nuevo.
3. LA RELIGIÓN DEL ANTIGUO EGIPTO
  - 3.1. Características de la religión egipcia.
  - 3.2. El dios sol.
  - 3.3. Realeza y culto.
4. AJENATÓN, DÉCIMO FARAÓN DEL IMPERIO NUEVO
  - 4.1. La familia real.
  - 4.2. Los años de reinado en Tebas.
  - 4.3. La revolución atoniana y sus antecedentes.
  - 4.4. Ajetatón o el Horizonte de Atón.
  - 4.5. Política exterior.
5. CONCLUSIONES.
6. BIBLIOGRAFÍA.
  - 6.1. Libros.
  - 6.2. Artículos de Internet.
7. ANEXOS.

## 1. INTRODUCCIÓN

La civilización del Antiguo Egipto me ha fascinado desde siempre, por ese cautivador punto de misterio y fascinación. Por ello, realicé un viaje a Egipto en 2004 y quedé subyugada ante su grandeza. De ese interés creciente surge la motivación para esta investigación.

Una de las cosas que más me llamaron la atención en este viaje, fue una estatua expuesta en el museo egipcio de El Cairo del faraón Ajenatón. Su aspecto era diferente, no se parecía a ningún otro faraón. A partir de ahí empecé a indagar sobre él, y descubrí la reforma religiosa emprendida en su reinado, que le convirtió en el profeta de la primera religión monoteísta y revelada de la historia.

Pero si la civilización faraónica se encuadra dentro de lo que denominamos una cultura de discurso mítico, ¿por qué este faraón rompió con este tipo de discurso? ¿por qué romper con toda la tradición religiosa politeísta anterior? La proclamación de un dios único, el disco solar, Atón, hace que se pierda uno de los principios fundamentales del discurso mítico, el de la integración cósmica. ¿podían haber otros motivos que no fuesen religiosos? ¿no sería más bien una revolución política para restituir al faraón el poder político que había ido perdiendo a favor de la casta sacerdotal?

Estas son las preguntas a las que intento dar respuesta con este trabajo: Ajenatón ¿profeta de una nueva religión, o un faraón reaccionario, en busca de la restitución del poder real?

Después de siglos de olvido, los primeros occidentales que realizaron mapas y dibujos de las ruinas que aún eran visibles de la largamente olvidada Amarna, fueron los miembros de la expedición de Napoleón Bonaparte llevada a cabo entre 1798-1799. Sin embargo, tendría que esperarse veinticinco años más para que se emprendiese una exploración seria de Amarna por parte del egiptólogo inglés John Gardner Wilkinson, quien localizó el cementerio faraónico del emplazamiento, e hizo bosquejos y plantillas de las paredes decoradas en relieve de más de una docena de tumbas. Los resultados de su trabajo dieron mucho que pensar a los investigadores, pues las representaciones halladas no eran clásicas ni propiamente faraónicas. Posteriormente, gracias al desciframiento de la escritura egipcia llevado a cabo por Champollion, quedó claro que la identidad del misterioso faraón hallado en Ajetatón, esto es “Horizonte del Atón” (Amarna en la actualidad) era Ajenatón<sup>1</sup>.

Este enigmático faraón, difiere de sus predecesores tanto en:

- a) como es representado, pues el arte amarniense<sup>2</sup> nos lo muestra con una imagen alargada y andrógina (abdomen flácido y abultado, anchas caderas y muslos, labios gruesos y ojos rasgados), diametralmente opuesto al ideal de belleza anatómica producida en Egipto

---

<sup>1</sup> (Reeves, 2002), Págs. 17 a 21

<sup>2</sup> Hoy día el adjetivo “amárnico” ha pasado a ser utilizado para referirse a todo lo relativo al reinado de Amenhotep IV/Ajenatón, no sólo a la producción hallada en Amarna, sino que también incluye la producida en la fase inicial del reinado, en Tebas.

hasta ese momento, donde se representa al faraón como héroe (en el omnipresente motivo del faraón que sacrifica con la maza al enemigo postrado y vencido, un arquetipo iconográfico utilizado desde el inicio de la realeza faraónica, por ejemplo en la célebre paleta de Narmer) .

- b) como en su manera de actuar, especialmente con la reforma religiosa que emprendió, realizando una brusca ruptura con la tradición religiosa anterior, abandonando el politeísmo existente en la sociedad egipcia a favor de un único dios, Atón.

La figura de Ajenatón y de su esposa Nefertiti, así como la de sus descendientes han generado un vivo interés desde su descubrimiento en Ajetatón, tanto por parte de los egiptólogos como del público en general. Esto conlleva que la bibliografía existente sobre este famoso faraón sea muy copiosa, no obstante todavía persisten dudas y preguntas sobre este personaje, sobre todo porque después de su muerte, se persiguió su memoria e intentó borrarse de todas las maneras posibles cualquier huella de su existencia.

Por todo ello, el **tema central** de esta investigación son las reformas religiosas y políticas llevadas a cabo en el reinado de Amenofis IV<sup>3</sup> - Amenhotep IV -Ajenatón<sup>4</sup> (1364-1347 a.C.), décimo faraón de la Dinastía XVIII del Imperio Nuevo del Antiguo Egipto.

El área de conocimiento en que se encuadra es el de Historia Antigua. Sin embargo, tal como indica el prestigioso y único catedrático emérito de Historia Antigua especializado en Egiptología de España, Josep Padró, “aún no se ha conseguido que se cree específicamente el área de conocimiento de Egiptología, es por lo que la denominación Egiptología no existe. Unos están en Historia Antigua y otros en Arqueología”<sup>5</sup>.

Teniendo en cuenta que la civilización faraónica se encuadra dentro de lo que denominamos una cultura de discurso mítico, el objetivo general de este trabajo es conocer de una manera exhaustiva el reinado del faraón Ajenatón. Pero centrándose en las causas que motivaron los cambios políticos y la reforma religiosa atoniana, del denominado Período de Amarna.

Para poder entender algunos de los hechos acaecidos durante su reinado, previamente ha sido necesario el estudio del Segundo Período Intermedio y de los reinados de los faraones que le precedieron en la Dinastía XVIII. Así como de las características propias de la religión del Antiguo Egipto, especialmente de todo lo relacionado con Re, el creador solar, pues en el núcleo mismo de la civilización faraónica existe una relación especial entre la figura paterna y divina del dios sol, soberano de la creación, y quien es su único hijo sobre la tierra, el soberano reinante de Egipto<sup>6</sup>.

---

<sup>3</sup> Nombre helenizado de este faraón.

<sup>4</sup> Para la transcripción de los nombres propios egipcios en castellano, se ha seguido la normativa del egiptólogo Josep Padró.

[http://www.egiptologia.com/descarga/pdf/transcripcion\\_josep\\_padro.pdf](http://www.egiptologia.com/descarga/pdf/transcripcion_josep_padro.pdf)

<sup>5</sup> <http://www.lavanguardia.com/cultura/20110914/54215206549/josep-padro-el-asalto-al-museo-de-el-cairo-salio-barato.html>

<sup>6</sup> (Quirke, 2003a), Pág. 9

Asimismo, para la consecución de este objetivo es necesario analizar las diferentes hipótesis aportadas por los egiptólogos, aunque es difícil consensuar todas ellas, pues nos encontramos desde aquellos que lo consideran el profeta de la primera religión monoteísta de la historia, hasta aquellos que lo ven como un falso profeta, en el sentido que utilizó la religión según su propio interés político para que todo el poder retornase a las manos del faraón reinante.

Entre los egiptólogos que apoyan ésta segunda posibilidad nos encontramos con Reeves, pues considera que Ajenatón con el culto de Atón (convertido en el culto de la propia monarquía), buscó la reasunción del poder real, que se había ido perdiendo ante la gran influencia del dios Amón y sus sacerdotes durante el siglo posterior a la expulsión de los *hicsos*<sup>7</sup>.

El clero de Amón tras la liberación del territorio egipcio de los gobernantes *hicsos* y la reunificación de Egipto en una sola corona bajo el mando de los príncipes de Tebas (cuya guía espiritual era Amón), había ido consiguiendo una gran preeminencia, adquiriendo con cada nueva conquista del Imperio unas elevadas cotas de riqueza y poder.

Estos años de consolidación y crecimiento se habían acompañado por una creciente delegación del poder real (especialmente en el reinado de Hatshepsut) y, como resultado directo de este proceso algunos elementos dentro de la estructura del estado comenzaron a operar de una forma cada vez más independiente del monarca. Los principales sacerdocios se habían convertido en cuerpos hereditarios enriquecidos, mundanos y corruptos, gracias a la generosidad del faraón como reconocimiento por el apoyo obtenido de Amón para sus empresas militares. Esto llevó a que algunos, dentro del sacerdocio, tomaran gusto por el poder, y desearan manejar los hilos directamente<sup>8</sup>.

Con mi trabajo intento aportar un pequeño grano de arena dentro del mar de hipótesis generadas alrededor de este carismático personaje, dando una visión actualizada sobre el mismo. El hilo conductor de la narración, como no puede ser de otra manera, sigue la cronología vital de Ajenatón, pues de esta forma podemos observar la evolución de las actuaciones llevadas a cabo tanto en el ámbito religioso como político. Especialmente se percibe un cambio drástico entre los primeros años de reinado y el momento en que traslada su corte a Ajetatón.

El análisis realizado tendría que esclarecer los motivos que provocaron la brusca ruptura con la tradición religiosa anterior, así como su actuación política tanto dentro como fuera de las fronteras de su país. La **hipótesis** desde la que parte este trabajo es que la revolución religiosa de Ajenatón encubría una revolución política. A través de dicha revolución pretendía recuperar el poder real, perdido paulatinamente a favor de la casta sacerdotal del clero de Amón durante el período anterior.

---

<sup>7</sup> (Reeves, 2002), Pág. 133

<sup>8</sup> (Reeves, 2002), Págs. 45-46

En cuanto a la metodología utilizada, cabe indicar que la unidad de análisis de esta investigación es el reinado del faraón Ajenatón. Y los datos que se utilizarán son textuales, de especialistas en la materia (egiptólogos), son por tanto fuentes secundarias.

Esta investigación histórica, basada en fuentes bibliográficas (libros, revistas especializadas, etc.) y entrevistas con egiptólogos expertos en este período, pretende estudiar, sintetizar y analizar todos aquellos condicionantes que nos expliquen las razones por las cuales Ajenatón llevó a cabo sus reformas tanto políticas como religiosas. A partir de aquí la labor consistirá en contrastar las diferentes hipótesis apuntadas tanto en las fuentes bibliográficas como en las entrevistas y sacar las conclusiones oportunas de ello.

El método de análisis que se llevará a la práctica para obtener, analizar e interpretar los datos empíricos es de tipo **cualitativo** (la investigación cualitativa asume una vía inductiva. Parte de una realidad concreta y los datos que ésta le aporta para llegar a una teorización posterior. Este tipo de investigación tiene un carácter emergente, construyéndose a medida que se avanza en el proceso de investigación, a través del cual se puedan recabar las distintas visiones y perspectivas existentes). No se pretende recopilar datos cuantificables, sino estudiar y profundizar en las decisiones políticas y religiosas llevadas a cabo en el período de Amarna, obteniendo con ello una descripción exhaustiva y densa del objeto de investigación; y **comparativo**, ya que se pretende comparar el período de Amarna con la realidad social y religiosa anterior al mencionado período histórico. Para ello se utilizará el análisis de textos, complementándose con la realización de alguna entrevista a egiptólogos especializados en este período concreto de la Historia de Egipto.

## 2. MARCO HISTORICO

La primera historia de Egipto se escribió en griego por Manetón en el siglo III a.C. La *Aegyptiaca* de Manetón, nos ha llegado reducida en lo esencial a una lista de reyes agrupados en dinastías. A pesar de ello, Manetón es una fuente esencial de la Historia de Egipto, y los egiptólogos han aceptado convencionalmente esta división.

La periodización de la Historia de Egipto que ha acabado imponiéndose es aquella que la divide en tres imperios, el Antiguo, el Medio y el Nuevo, seguido cada uno de ellos de un Período Intermedio. Entendiéndose los tres imperios como períodos en los que el Estado faraónico alcanzó su máximo poderío y esplendor, dominando todos los aspectos de la vida del país; consideradas épocas de paz interior y de esplendor económico puestos de manifiesto por la actividad constructiva desarrollada en ellas. Por el contrario, los tres períodos intermedios se entienden como épocas de crisis del poder del Estado. Finalmente, los egiptólogos abren la historia de Egipto con un Período Tinita que precede al Imperio Antiguo, y la cierran con un Período Saíta que sigue al Tercer Período Intermedio<sup>9</sup>.

Para poder entender algunos de los hechos acaecidos durante el reinado de Ajenatón, se hace imprescindible el estudio de los períodos históricos previos al mismo, es decir, el Segundo Período Intermedio (ya que la dominación de los *hicsos* constituyó un hecho determinante en la historia de esta civilización, dejando una huella indeleble en el recuerdo de los egipcios) y los reinados de los faraones del Imperio Nuevo que le precedieron en el trono.

---

<sup>9</sup> (Padró, 2006), Pág.22

## 2.1. EL SEGUNDO PERIODO INTERMEDIO

Convencionalmente, el Segundo Período Intermedio comprende de la **Dinastía XIII a la XVII**<sup>10</sup>, y se encuentra definido por la división de Egipto: la fragmentación de las Dos Tierras. Esto quedo expresado en la queja del rey egipcio Kamose a finales de la Dinastía XVII: “¿Por qué he de contemplar mi poder mientras hay un Gran Hombre en Avaris y otro en Cush, sentados unidos con un asiático y un nubio mientras cada hombre posee su parte de Egipto?”

Uno de los hechos que más caracteriza a este período es la aparición en Egipto de los *hicsos*, cuyos reyes forman las dinastías XV y XVI. La palabra *hicso* no es más que la deformación de *heqa-ja-sut*, expresión egipcia que significa *jefe de países extranjeros*, designación de los jefes de las tribus semitas de Palestina y Siria en las fuentes egipcias a partir de comienzos del Imperio Medio.

### **LAS DINASTÍAS XIII Y XIV**

Una vez extinguida la Dinastía XII, el poder o aparato administrativo creado por esa dinastía y consolidado a partir de Sesostri III decidió tomar el poder en sus manos, para lo cual redujo la institución monárquica a elemento meramente decorativo y simbólico del Estado. Es por ello que los 60 reyes que la forman son todos ellos personajes políticamente insignificantes, la mayoría con reinados extremadamente breves<sup>11</sup>.

Esto se constata tal y como nos indica Vandersleyen, en la fragilidad de los reyes frente a la estabilidad de ciertas familias, especialmente la de los visires Anju e Iymeru. Pues algunos de ellos detentan la realeza durante algunas generaciones y otros, el control de la administración o del ejército, a través de alianzas matrimoniales ocasionales<sup>12</sup>. Durante el reinado de Sebekhotep IV, estando el gobierno en manos del visir Iymeru, probablemente se produjo la ocupación por los *hicsos* de la localidad destinada a convertirse en su capital, Ávaris, la actual Tell el-Daba<sup>13</sup>.

Al principio se mantuvieron todas las directrices políticas del Imperio Medio: así, se preservó la unidad de Egipto, se mantuvo el control sobre Nubia hasta la 2ª catarata y también la influencia sobre Biblo. Sin embargo, la decadencia política de la Dinastía XIII enseguida se puso de manifiesto. En Nubia pronto se perdió el control de los fuertes de Semna y de la 2ª catarata. En Biblo, en cambio, la hegemonía egipcia se mantuvo vigente medio siglo, como mínimo, hasta el reinado de Neferhotep I. Con todo, lo más grave fue el retroceso del poder real en el Delta. Los gobernantes de la región de

---

<sup>10</sup> (Vandersleyen, 1995), Pág. 121. Sin embargo, para Shaw este período comprendería sólo de la Dinastía XV a la XVII. (Shaw, 2007), Págs. 241 y 625

<sup>11</sup> (Padró, 2006), Págs. 211-213, 217 y 240

<sup>12</sup> (Vandersleyen, 1995), Págs. 123-124

<sup>13</sup> (Padró, 2006), Pág. 215



Xois (en el delta occidental) se independizaron de la autoridad central y constituyeron según Manetón, **la Dinastía XIV**, formada por 76 reyes que reinaron durante 184 años<sup>14</sup>.

Según Padró<sup>15</sup>, nos encontramos de esta manera con un debilitamiento del poder estatal, por una lado en el Delta, siendo sustituido por el de las ciudades-estado representado por la Dinastía XIV de Xoís, y por otro con la conquista de parte de su territorio a manos de los *hicsos*.

Según la llamada Estela del año 400 (que conmemora la fundación del templo del dios Set en Ávaris) se sabe que los *hicsos* instauraron el culto a Set en esa ciudad, de modo que la fundación de su templo hubo de ser poco tiempo después de la ocupación de Ávaris. La estela se erigió durante el reinado de Rameses II, pero copiaba un texto del reinado de Horemheb (1333-1305 a.C.). Por lo tanto, la ocupación de Avaris por los hicsos y la fundación en ella del templo de Set han de situarse a partir del año 1730 a.C.

Frente al creciente poder asiático, se aceleró la decadencia dinástica, hasta el punto de que Iy (1700-1676 a.C.) era ya claramente vasallo de los *hicsos*. En el reinado de Tutimeo, según el testimonio de Manetón, los *hicsos* ocuparon Menfis y, seguramente Ittau (1644 a.C.), que fue abandonada inmediatamente como capital y que no tardó en desaparecer. Este importante acontecimiento, significa la toma del poder por parte de los *hicsos*, quienes fundaron la Dinastía XV. Los últimos monarcas de la Dinastía XIII no eran más que insignificantes reyezuelos, tributarios de los *hicsos*, que siguieron reinando en el Alto Egipto hasta probablemente los alrededores del año 1633 a.C. En cuanto a la Dinastía XIV, debió mantenerse en el poder en Xoís hasta cerca del año 1645 a.C. como vasalla de los *hicsos*, hasta que acabaron por ser sustituidos por jefes asiáticos.

### **LA DINASTÍA XV Y XVI: LOS HICSOS<sup>16</sup>**

La dominación de los *hicsos* se produjo por la infiltración lenta y pacífica en el Delta, desde Palestina, de elementos semitas, más exactamente cananeos o amoritas, los cuales eran a su vez empujados por importantes movimientos étnicos que estaban teniendo lugar en esta época en todo el Próximo Oriente asiático. Esta penetración sabemos que se inició ya durante el reinado de Amenemes III, de la Dinastía XII, y se aceleró aprovechando la debilidad de la Dinastía XIII. Los jefes *hicsos*, que después de haberse instalado en Ávaris habían ido extendiendo su poder por toda la zona oriental del Delta de forma lenta pero segura, se dieron perfecta cuenta de la situación. Finalmente, sintiéndose suficientemente fuertes, decidieron apoderarse del trono faraónico, de la capital y del gobierno<sup>17</sup>.

---

<sup>14</sup> (Padró, 2006), Págs. 213-214

<sup>15</sup> (Padró, 2006), Pág. 215. Sin embargo, para Vandersleyen la fecha indicada en esta estela, no es una fecha normal, ya que se presenta de manera más simbólica que histórica y le parece imprudente ver en ella una indicación cronológica fiable. (Vandersleyen, 1995), Pág. 167

<sup>16</sup> Aunque el Canon Real de Turín enumera a los *hicsos* entre los reyes de Egipto, con todo no llama a cada uno de ellos *Rey del Alto y Bajo Egipto* como hace con los faraones legítimos, sino que les denomina precisamente *hicsos*, distinguiéndoles claramente de los genuinos monarcas egipcios.

<sup>17</sup> (Padró, 2006), Págs. 216-218

Josefo afirma que cita directamente a Manetón en esta descripción de la conquista y ocupación de Egipto por parte de los *hicsos*:

”Por la fuerza se apoderaron fácilmente de ella sin tener que descargar un solo golpe y al haber dominado a los gobernantes de la tierra, entonces quemaron sus ciudades sin piedad, arrasaron hasta los cimientos los templos de los dioses(...) finalmente, nombraron como rey a uno de los suyos cuyo nombre era Salitis. Tenía su sede en Menfis, recaudando tributos del Alto y del Bajo Egipto y siempre dejando tras él guarniciones en las posiciones más ventajosas”<sup>18</sup>.

Una vez afianzado su poder, los *hicsos* gobernaron con dureza a los indígenas, imponiendo impuestos a sus súbditos egipcios y tributos a los reyezuelos indígenas del sur. Para ello contaron con la ayuda de colaboradores indígenas utilizando el aparato del Estado egipcio en beneficio propio.

Los reyes *hicsos* más importantes constituyeron la dinastía conocida como la de los *Grandes Hicsos*, que es la **Dinastía XV** de Manetón (1644-1537 a.C.). Estuvo formada por seis reyes que gobernaron un total de 108 años, según el *Canon de Turín*.

Conocemos la existencia de otros jefes *hicsos*, los llamados *Pequeños Hicsos*, cuyos nombres conocemos sobre todo por escarabeos procedentes de la zona del Delta y que eran vasallos de los *Grandes Hicsos*. Los *Pequeños Hicsos* forman la **Dinastía XVI** de Manetón (1645-1537 a.C.). Actualmente se supone que se trataban de pequeñas dinastías locales que se establecieron en el Delta a favor de la fragmentación política del mismo, y que gradualmente acabaron suplantando a los reyes de la Dinastía XIV en amplias zonas del Delta.

“El fundador de la Dinastía XV es Salitis, contemporáneo según Manetón de Tutimeo de la Dinastía XIII. Tanto Salitis como su sucesor Jacob-her ejercieron su soberanía sobre todo en el Alto Egipto, manteniendo bajo vasallaje a los últimos reyes de la Dinastía XIII y a los primeros de la Dinastía XVII. El primer rey *hicso* bien conocido es el sucesor de Jacob-her, Jyan, del que encontramos monumentos en: el Alto y el Bajo Egipto, Palestina, Creta (en Cnoso), Anatolia (en Hattusa) y en Mesopotamia.

A Jyan le sucedió Apofis I, quien reinó más de cuarenta años. Este faraón sostuvo buenas relaciones con sus vasallos de la Dinastía XVII tebana durante la mayor parte de su reinado, como lo prueba el hecho de que una hija suya se casase con algún miembro de la familia real tebana. Las hostilidades con los reyes tebanos empezarán durante los últimos años de su reinado”<sup>19</sup>.

### **DINASTIA XVII TEBANA Y LA GUERRA DE LIBERACION DE LOS HICSOS.**

Poco antes del año 1630 a.C. se había organizado en Tebas un pequeño reino, regido por los soberanos de la Dinastía XVII (1633-1552 a.C.). Esta dinastía está integrada por unos quince reyes que reinaron en total unos 80 años. Los primeros reyes de la Dinastía XVII eran vasallos de los

---

<sup>18</sup> (Shaw, 2007), Pág. 256

<sup>19</sup> (Padró, 2006), Págs. 219-220

*hicsos* y posteriormente serían considerados como los antecesores de la Dinastía XVIII. Inyotef V fundó esta dinastía, siendo sucedido por Rahotep (quien debió ser contemporáneo del *hicso* Jacobher). Durante el reinado de Taa II el Bravo, el *Papiro Sallier I* nos narra el estallido de la guerra entre Tebas y los *hicsos* por el mantenimiento en Tebas de la ceremonia del arponeo ritual del hipopótamo, ya que era considerado el animal sagrado de Set. **Taa II**, consiguió expulsar totalmente el poder *hicsos* del Alto Egipto, estabilizando el frente en Cusas al norte de Asiut.<sup>20</sup>

Le sucede en el trono **Kamose**<sup>21</sup>, quien decidió expulsar a los *hicsos* de Egipto, en contra de la opinión de sus cortesanos, apenas subió al trono. A juzgar por el relato de Kamose sobre la detención de un mensajero con una carta del rey Apofis I para el rey de Cush, parece que los *hicsos* controlaban la ruta desde Sako, a través de los oasis del Desierto Occidental hasta la ciudad cushita de Tumas, a medio camino entre la 1ª y la 2ª catarata del Nilo. Esta ruta le daba al rey de Avaris acceso a sus aliados (los reyes nubios de Cush) y al oro<sup>22</sup>.

Los detalles de las operaciones llevadas a cabo por Kamose son conocidos por la *Tableta Carnarvon*, y por dos estelas complementarias erigidas por el propio rey en Karnak. Primero atacó a los *hicsos* en Nefrusi, cerca de Beni Hasan. Posteriormente arrasó el reino de Cush, en Nubia, para cubrirse las espaldas, tras lo cual atacó y venció a Apofis I, llegando a sitiar Avaris<sup>23</sup>.

Kamose murió prematuramente, alrededor del tercer año de reinado, dejando el trono a **Amosis** (1552-1527 a.C.) que debía tener unos diez años de edad. Por su parte, Apofis I había sido expulsado antes de su muerte del Egipto Medio.

“Los dos últimos reyes *hicsos* de la Dinastía XV, Apofis II y Jamudy, son contemporáneos de Amosis. Éste reemprendió la guerra en el año 11, enfrentándose a Jamudy (1542-1537 a.C.). Sucesivamente, Amosis tomó Ávaris y expulsó a los *hicsos* de Egipto, no sólo a Jamudy sino también a Apofis III (último rey de la Dinastía XVI).

En reconocimiento a sus méritos guerreros y como libertador de Egipto del yugo extranjero, Manetón hace inaugurar una nueva dinastía a Amosis, la Dinastía XVIII, y los egiptólogos le reconocen como el fundador del Imperio Nuevo.

Los tiempos del dominio asiático quedaron siempre en el recuerdo de los egipcios, y su expulsión provocó por primera vez en la historia una oleada de entusiasmo patriótico entre la población. Las desgracias de esta época se exageraron a partir del Imperio Nuevo, creándose una auténtica leyenda negra cuyo primer testimonio lo tenemos en Hatshepsut y el último en Manetón”<sup>24</sup>.

---

<sup>20</sup> (Padró, 2006), Págs. 220-221

<sup>21</sup> Aunque a menudo se afirma que era hijo de Taa II y hermano de Amosis I, actualmente la opinión general es que era hermano de Taa II, y que ascendió al trono por delante de su joven sobrino debido a la crítica situación que debió crearse con la súbita muerte de su hermano. (Dodson, 2005), Pág. 124

<sup>22</sup> (Shaw, 2007), Pág. 264

<sup>23</sup> Su campaña no resultó definitiva, ya que la destrucción de Avaris no tuvo lugar hasta veinte años después. (Shaw, 2007), Pág. 277

<sup>24</sup> (Padró, 2006), Págs. 222-225

Como ejemplo tenemos una inscripción de la reina Hatshepsut en el Speos Artermidos, cien kilómetros al norte de Cusas, que recoge una intensa restauración y reconsagración de los templos de la zona: “He levantado lo que fue desmembrado por primera vez cuando los asiáticos estaban en Avaris en la Tierra del Norte (con) hordas errantes en medio de ellos deshaciendo lo que había sido hecho.[...] El templo de la Señora de Cusas[...] había caído en disolución, la tierra se había tragado su noble santuario y los niños bailaban sobre su tejado”.

Evidentemente, este fragmento de propaganda real estaba destinado a mostrar a Hatshepsut representando el papel tradicional del rey como restaurador del orden tras el caos<sup>25</sup>.

---

<sup>25</sup> (Shaw, 2007), Pág. 262

## 2.2. EL IMPERIO NUEVO

A mediados del siglo XVI, cuando en Egipto empieza el Imperio Nuevo, todas las grandes potencias del Próximo Oriente están ya en contacto entre ellas. Como dice el asiriólogo Garelli “por primera vez en la Historia, el equilibrio entre las potencias no viene del vacío que aísla a los principales protagonistas, sino de sus presiones convergentes”<sup>26</sup>.

### **AMOSIS Y EL COMIENZO DEL IMPERIO NUEVO**

Tal como vimos en el apartado anterior, en Egipto el Imperio Nuevo se inicia con el reinado de **Amosis**, fundador de la Dinastía XVIII. Habiendo accedido al trono siendo aún menor de edad, su madre, Ahhotep, ejerció la regencia, y su abuela Tetisheri su autoridad moral, a quien posteriormente se la consideraría como la precursora de la línea dinástica. Vino después la expulsión de los *hicsos* de Egipto y la destrucción de su poder en Palestina, momento en que puede considerarse que empieza propiamente el Imperio Nuevo, y en todo caso la labor de gobierno del rey<sup>27</sup>. Era un nuevo amanecer para Egipto<sup>28</sup>.



Cabeza de la estatua de Amosis. Museo Metropolitano de Arte (Nueva York)

En opinión de Padró<sup>29</sup>, la administración local había sobrevivido intacta bajo la dominación de los *hicsos*, en manos de oficiales egipcios. De modo que, una vez expulsados los *hicsos*, Amosis pudo no sólo reunificar políticamente Egipto, sino también reorganizar rápidamente un estado centralizado, sin ningún tipo de lastre feudalizante, de acuerdo con el modelo estatal de fines del Imperio Medio.

<sup>26</sup> (Padró, 2006), Pág. 229

<sup>27</sup> Los descubrimientos arqueológicos de los años 80 y 90, junto a la antigua documentación textual, sugieren que la reunificación de Egipto sólo tuvo lugar en la última década del reinado de Amosis, aproximadamente en torno a 1530 a.C. (Shaw, 2007), Pág. 287

<sup>28</sup> (Reeves, 2002), Pág. 42.

<sup>29</sup> (Padró, 2006), Págs. 231-232

En política exterior, la caída del imperio *hicsu* había provocado un vacío de poder en Palestina que abrió a Egipto las puertas de Asia. Sin embargo, tras la caída de Sharuhen, Amosis atacó primero al reino de Cush. Después de tres campañas militares este faraón controló Nubia hasta la 2ª catarata, lo que le daba acceso a sus enormes reservas de oro.

La mayor parte del reinado de Amosis transcurrió de forma pacífica, y no puede hablarse de un súbito imperialismo expansivo egipcio. Con sus campañas intentó prevenir nuevos peligros que pudiesen poner en peligro la independencia o la integridad de Egipto. Lo que sucedió es que el expansionismo en Asia favoreció claramente la actividad comercial, beneficiosa sobre todo para las ciudades del Delta. Es probable que estas ciudades, a cambio de estos beneficios, diesen a su vez a la monarquía los medios que necesitaba para desarrollar su incipiente política imperialista, ya que ésta favorecía sus intereses. Según algunos historiadores, se habría operado pues una auténtica alianza entre la monarquía y las ciudades del Bajo Egipto, alianza que quedaría demostrada, por la sustitución en Egipto, por decisión del Estado, del patrón monetario basado en el oro (que era el tradicional por su abundancia) por el basado en la plata (metal muy escaso en Egipto, pero base del patrón monetario fenicio-cretense). Este cambio no tenía otra justificación que la de facilitar las transacciones comerciales con el exterior<sup>30</sup>.

Los puntales al servicio de la política de la monarquía eran la administración y el ejército. Contando además con la alianza o el apoyo de las ciudades del Delta, sólo le faltaba al rey la legitimación de su poder por la religión: la necesidad de asegurarse esta última sería una preocupación constante de los soberanos de esta Dinastía. De momento, la cuestión implicaba, desde el punto de vista teórico, que el rey recibía la soberanía delegada de Amón, rey de los dioses. Así pues, se hizo necesario operar una centralización del culto, paralela a la del Estado. El rey era entronizado en el templo de Amón en Karnak<sup>31</sup>, donde la suprema divinidad tebana le presentaba como hijo suyo a dioses y hombres. Pero ello implicaba, la aceptación de que el poder real dependía del poder de Amón, lo que desde el punto de vista teórico como mínimo sería gravísimo a la hora de intentar salvaguardar la independencia del Estado frente al clero. Por ello, para intentar contrarrestar de algún modo el poder de Amón y del clero de Tebas, los reyes de esta dinastía, incluido Amosis, potenciaron el popular culto a Osiris. Durante esta época irá tomando forma la imagen de Osiris como germen de la unidad monárquico-religiosa de Egipto desde la Prehistoria, mito éste cultivado interesadamente por la monarquía<sup>32</sup>.

---

<sup>30</sup> (Padró, 2006), Págs. 232-233

<sup>31</sup> Es indudable que Amosis realizó contribuciones significativas al culto de Amón en Karnak. Los monumentos suyos que se conservan incluyen una entrada y varias estelas, así como quizá un santuario para la barca, situado probablemente cerca del camino de entrada al templo. (Shaw, 2007), Pág. 290

<sup>32</sup> (Padró, 2006), Pág. 233

## AMENHOTEP I Y LOS PRIMEROS TUTMÓSIDAS

Posteriormente llegó al trono **Amenhotep I** (1527-1506 a.C.), hijo del rey Amosis y de su esposa (hermana) Amosis Nefertari<sup>33</sup>, quien sería una figura destacada durante el reinado de su hijo, actuando como “gran esposa real” y como “esposa del dios Amón”. Amenhotep I se hizo célebre por haber cambiado radicalmente las costumbres funerarias regias, que habían permanecido inamovibles desde el Imperio Antiguo. Fue el primero en separar físicamente la sepultura del templo funerario<sup>34</sup>. Este monarca gozó de gran popularidad a lo largo de todo el Imperio Nuevo entre los obreros de la necrópolis real de Deir el-Medina, quienes le consideraban el fundador del Valle de los Reyes, razón por la cual, tanto él como se madre llegaron a ser divinizados y pasaron a formar parte de la corta lista de mortales que alcanzaron en Egipto la categoría de dioses celestes<sup>35</sup>.

Los éxitos militares de Amenhotep I y las subsiguientes ganancias territoriales en Nubia comenzaron a mejorar la economía general de Egipto, mientras que sus monumentos de templos tuvieron un significativo impacto como símbolos del poder real<sup>36</sup>.

A finales de su reinado **las principales características de la Dinastía XVIII ya existían**: su clara devoción al culto de Amón en Karnak<sup>37</sup>; sus exitosas conquistas militares en Nubia, destinadas a extender Egipto hacia el sur en busca de recompensas materiales; su cerrada familia real nuclear<sup>38</sup>; y el desarrollo de una organización administrativa formada presumiblemente a partir de familias poderosas y parientes colaterales, que en este momento estaban asociados sobre todo a las regiones de Elkab, Edfu y Tebas<sup>39</sup>.

A la muerte de Amenhotep I se planteó por primera vez el problema de la sucesión dinástica, pues no dejó heredero legítimo varón, de modo que la princesa Amosis, probablemente la hermana de Amenhotep I, transmitió sus derechos a la realeza a su esposo **Tutmosis I** (1506-1494 a.C.), quien adoptó el nombre de Tutmosis precisamente para remarcar que había sido Tot, el dios de la ley, quien le había hecho rey. Se trataba, pues, de un rey ya que no hereditario, sí legitimado<sup>40</sup>.

<sup>33</sup> Se ha probado que estos matrimonios consanguíneos no se justificaban en absoluto por el hecho de que las mujeres transmitiesen los derechos al trono; para Vandersleyen esta teoría carece de fundamento (Vandersleyen, 1995), Pág. 230. El mensaje evidente es que un faraón era faraón en virtud de su padre, *no* de su esposa. (Dodson, 2005), pág. 17

<sup>34</sup> (Padró, 2006), Págs. 233-234. Sin embargo para Vandersleyen, existen dudas sobre si fue el primero en separarlas al no haberse encontrado su tumba, aunque está enumerada en el *Papiro Abbot*. (Vandersleyen, 1995), Pág. 245

<sup>35</sup> (Padró, 2006), Págs. 233-234 y (Shaw, 2007), Pág. 294

<sup>36</sup> (Shaw, 2007), Pág. 295

<sup>37</sup> La función de Karnak como lugar para venerar la realeza es básica en los planes constructivos de Amenhotep I. (Shaw, 2007), Pág. 296

<sup>38</sup> El éxito de la línea dinástica de comienzos de la Dinastía XVIII es atribuible, en parte, a la decisión de limitar el acceso a la familia real. Para asegurar la exclusividad del linaje, la familia de Taa II y Amosis estableció la prohibición adicional de que las hijas reales sólo podían casarse con un rey. En términos económicos, esto significaba que las ganancias conseguidas en la guerra no eran compartidas con las familias cuyos hijos se casaban con una princesa. Por lo tanto los reyes eran libres de enriquecer a sus seguidores militares a voluntad (p.e. Amosis, hijo de Abana) y, de este modo, consiguieron nuevos apoyos. Sin embargo, esto no supuso un debilitamiento del linaje real, puesto que no significaba que los reyes sólo pudieran casarse con princesas. De hecho, lo más habitual era que los faraones hubieran nacido del matrimonio de sus padres con reinas secundarias de origen no real, como Tetisheru. (Shaw, 2007), Pág. 300

<sup>39</sup> (Shaw, 2007), Pág. 296

<sup>40</sup> (Padró, 2006), Pág. 234. Sin embargo, tanto para Vandersleyen como para Dodson, Amosis es más probable que sea la propia hermana de Tutmosis I, sobre todo porque carece del título de “Hija del rey”, en este caso el rey habría intentado recrear la situación de los dos reinos anteriores, con un hermano y una hermana ejerciendo de soberanos. (Shaw, 2007), Pág. 304 y (Dodson, 2005), Pág. 130 No existiendo pruebas concluyentes sobre los orígenes de Tutmosis I, cabe la posibilidad de que fuera sencillamente un fiel subordinado de Amenhotep I, quien ante la ausencia de príncipes, pudo nombrarlo su sucesor. (Dodson, 2005) Pág. 128

Tutmosis I tuvo con Amosis a la futura reina Hatshepsut. Con una esposa de sangre no real, Mutnefert, el rey tuvo al futuro soberano Tutmosis II<sup>41</sup>.

Tutmosis I es hoy recordado como el mayor rey guerrero de Egipto, que partió “para saciar la sed de su corazón por todas las tierras extranjeras”<sup>42</sup>. Continuó la política de expansión imperialista en Nubia, llegando más allá de la 3ª catarata, así como en Asia donde erigió una estela-frontera junto al Éufrates, tras sofocar una rebelión<sup>43</sup>. Con su expedición a Siria, este faraón inició el camino que terminaría llevando a Egipto a un relevante papel tanto en el comercio, como en la diplomacia del Oriente Próximo del Bronce Final.

En Abido, Tutmosis I dejó una estela recordando sus contribuciones al templo de Osiris. Según la estela, los sacerdotes lo proclamaron vástago de Osiris. Este faraón decidió no honrar a los dos reyes anteriores, en vez de ello deseó afirmar su realeza a partir de los propios dioses. Como ideología real, la ascendencia divina fue común durante esta dinastía, recibiendo su primer impulso durante el reinado de este faraón, siendo posteriormente explotada en las inscripciones reales desde Hatshepsut hasta Amenhotep III<sup>44</sup>.

Las semillas de la revolución amarniense aparecerían tan sólo un poco después<sup>45</sup>. A la muerte de Tutmosis I se reprodujo el problema dinástico: no existiendo un heredero legítimo varón, su hija legítima Hatshepsut se casó con su medio hermano **Tutmosis II** (1494-1490 a.C.). El nuevo rey, al subir al trono, tuvo que sofocar sendas rebeliones en Nubia y en Asia, llevándole aquí las operaciones desde el Sinaí hasta las fronteras de Mitanni. Sin duda, la expansión y las conquistas proporcionaron a la monarquía nuevas fuentes de ingresos, que reforzaron su posición. Pero de ellas también se beneficiaría el clero de Amón, que también reforzaba la suya<sup>46</sup>.

Como dice Padró<sup>47</sup>, debido a la prematura muerte de Tutmosis II se agudizó la crisis dinástica. Le sucedió su único hijo varón, **Tutmosis III** (1490-1436 a.C.), habido de una concubina llamada Isis, siendo todavía un niño cuando accedió al trono. Debido a esta circunstancia, la reina viuda **Hatshepsut** se hizo cargo en un primer momento de la regencia. Posteriormente Hatshepsut actuó con ambigüedad a la hora de definir exactamente su papel: a veces, adoptaba el título de rey y otras el de reina (es decir, reina viuda). Finalmente, en el año 7 de Tutmosis III Hatshepsut se tituló definitivamente rey de Egipto, adoptando un protocolo faraónico como Horus femenino y empezando a contar sus años de reinado retroactivamente desde la muerte de Tutmosis II.

Comenzaba así un correinado atípico y sin precedentes. La toma del poder por parte de Hatshepsut constituyó, tanto un acto de ambición personal como un mecanismo de defensa

---

<sup>41</sup> (Shaw, 2007), Pág. 305

<sup>42</sup> (Reeves, 2002), Pág. 43

<sup>43</sup> (Padró, 2006), Pág. 235

<sup>44</sup> (Shaw, 2007), Págs. 304 y 306

<sup>45</sup> (Reeves, 2002), Pág. 44

<sup>46</sup> (Padró, 2006), Pág. 235

<sup>47</sup> (Padró, 2006) Págs. 236-237



dinástica. Para Hatshepsut, ella era el único rey auténtico, por derecho de sangre, descendiente directa de Amón.



Escultura de Hatshepsut. Museo Metropolitano de Arte (Nueva York)

Para Reeves<sup>48</sup>, la reina debió contar con un poderoso apoyo tras las bambalinas de los escenarios políticos. Este apoyo vino del interior del Templo de Amón en Kamak , en el que Hatshepsut actuaba como “esposa del dios”, o suma sacerdotisa (un cargo transmitido posteriormente a su hija, Nefrura).

La gran influencia del dios Amón y sus sacerdotes era sintomática de los cambios que habían tenido lugar dentro de Egipto durante el siglo posterior a la expulsión de los *hicsos*. Los principales sacerdocios, antiguamente mucho más pequeños, y manejados por devotos seculares a cambio de una pequeña compensación económica, además de la espiritual, y de una comida decente garantizada, se habían enriquecido y unido en lo que, siglos más tarde, el historiador James Henry Breasted describió como “una gran organización sacerdotal que abarcaba todo el país”, dentro de la cual, algunos habían tomado gusto por el poder.

Según Reeves, la posición, tanto de Tutmosis III en su condición de sucesor como, un tiempo después, de Hatshepsut como corregente del joven rey, fue reconocida por el oráculo divino de Amón; encontrándose detrás de estas elecciones divinas, la mano del sumo sacerdote del dios, Hapuseneb. Posteriormente, el sacerdocio de Amón continuó cooperando secretamente para mantener a Hatshepsut en el poder y esto queda confirmado por la proclamación pública, sobre los muros del templo de la reina en Deir el-Bahari, de su **nacimiento divino** que le proporcionaba, tal y como nos indica Padró la justificación teórica para su legitimación mediante el mito de la teogamia.

De acuerdo con este mito todas las reinas de Egipto, en tanto que esposas de Amón, quedaban consagradas como depositarias auténticas de la monarquía, ya que eran el tabernáculo de la simiente divina. En Deir el-Bahari vemos efectivamente a Amón, encarnado en Tutmosis I, uniéndose a la reina Amosis, así como el nacimiento de Hatshepsut, fruto de esta unión del dios con la reina.

---

<sup>48</sup> (Reeves, 2002), Págs. 45-49

Los reyes, pues, no eran los auténticos padres según la teogamia, ya que eran sustituidos por el dios en el momento decisivo, y quedaron reducidos al papel de padres putativos<sup>49</sup>.



Dibujo del relieve del mito de la Teogamia en Deir el- Bahari

Hatshepsut iba a reconocer su deuda con Amón en varias ocasiones, entre las que destacan la llamada Capilla Roja en Karnak y otro texto igualmente revelador que se encuentra en la base del más septentrional de los dos obeliscos que erigió en ese mismo templo: “Hice esto con un corazón amantísimo para mi padre Amón, ... pues él es quien me dirige. Nunca concebiré proyectos que no sean de su incumbencia. Porque él es aquél que da las instrucciones”. Esta formalización de la relación en Tebas entre rey y dios fue el precio que Hatshepsut pagó por el apoyo de Hapuseneb y mediante la proclamación de esta interdependencia la realeza se vería seriamente comprometida<sup>50</sup>.

**Tutmosis III** es el auténtico forjador del imperio asiático de Egipto. Para este faraón, el único sitio donde conseguir ganancias rápidas era el Levante, donde Egipto podía hacerse con el control de las rutas comerciales que hasta el momento habían estado dominadas por soberanos y mercaderes sirios, chipriotas, palestinos y egeos. Tras diecisiete años de campañas militares, Tutmosis III había dejado firmemente establecido el control egipcio sobre Palestina y había realizado importantes avances en el sur de Siria. Su reputación estaba asegurada y las ganancias conseguidas se gastaban a lo grande en beneficios de los templos de Amón y otros dioses, así como en aquellos hombres que habían seguido al rey en su búsqueda<sup>51</sup>.

<sup>49</sup> (Padró, 2006) Pág. 237

<sup>50</sup> (Reeves, 2002), Págs. 45-49

<sup>51</sup> (Shaw, 2007), Págs. 321-322



Estatua de Tutmosis III. Museo de Arte Egipcio de Luxor

Para Reeves<sup>52</sup>, lo que empujó al faraón a emprender conquistas en el exterior, no se debió tanto al mero saqueo, sino a querer contrarrestar la humillante disminución del poder real producida bajo Hatshepsut. Tutmosis III estaba decidido a recuperar el terreno perdido mediante una reafirmación del poder faraónico y del prestigio real.

Con el mismo propósito, a partir de entonces en los relieves e inscripciones se produce un cambio: la dependencia de Amón que tenía Hatshepsut ahora, bajo sus sucesores, se reenmarcó sutilmente: más que ser Amón quien confería el poder al rey, era el faraón, de nuevo, quien patronizaba a Amón.

Sin embargo, el cambio más significativo de Tutmosis III sería el creciente énfasis público que el faraón puso en la existencia y número de su descendencia masculina. Asegurando, cerca del final de su largo reinado, la sucesión nombrando a su hijo Amenhotep II, como corregente. Sólo entonces, se sintió lo suficientemente seguro para desencadenar un ataque contra la memoria de Hatshepsut.

### **AMENHOTEP II, TUTMOSIS IV Y LA PAZ CON MITANNI**

El largo reinado, de casi 30 años, de **Amenhotep II** es considerado como un período de estabilidad. En el transcurso del mismo tuvo éxitos militares en Levante, llevó la paz y sus recompensas económicas a Egipto y amplió los monumentos a los dioses. Al final de su reinado, el retrato de Mitanni, hasta hacía poco el vil enemigo del rey, se había equiparado al de otros aliados cercanos de Egipto.

En opinión de Shaw<sup>53</sup>, durante su reinado funcionó una eficaz burocracia, entre otros motivos porque animó a los hombres que habían servido a su padre a que continuaran con él y porque situó a sus amigos íntimos en puestos clave.

Para Shaw el hecho que Amenhotep II no reconociese públicamente a ninguna esposa que no fuese su madre, Merytra, que actuó como “gran esposa real” durante gran parte de su reinado, puede ser considerado como un rechazo consciente del papel dinástico que tuvieron las princesas como

---

<sup>52</sup> (Reeves, 2002), Págs. 51-53

<sup>53</sup> (Shaw, 2007), Pág. 328-335

reinas y “esposas del dios Amón” desde el inicio de la dinastía, ya que éstas podían ser peligrosas si se volvían demasiado ricas y poderosas. Esto conllevó que los reyes escogiesen como “gran esposa real” a mujeres ajenas al linaje real principal, como hizo Tutmosis III con Merytra.

La política de paz con Mitanni, iniciada por Amenhotep II, tuvo continuación con su hijo y sucesor **Tutmosis IV** (1412-1402 a.C.), quien materializó esta alianza casándose con una hija del rey de Mitanni, Artatama I<sup>54</sup>. La consecuencia más importante de esta alianza es que durante cerca de 75 años se aseguró una paz y una estabilidad casi absolutas en el Próximo Oriente, algo totalmente nuevo en la Historia.

A partir de este momento se abre un período de amplias relaciones internacionales, que apoyaban su actividad en la existencia de embajadas permanentes entre los principales estados. La correspondencia internacional era muy intensa, a juzgar por los archivos diplomáticos conocidos, entre los que cabe destacar el de Amarna. La lengua internacional utilizada normalmente era la acadía escrita en tablillas cuneiformes. Su contenido generalmente es económico, relacionándose las listas de productos que se enviaban de un país a otro. De este modo, sabemos que Egipto se había convertido en el banquero del Próximo Oriente, y que facilitaba oro a sus aliados, lo que le garantizaba un papel preponderante en las relaciones internacionales<sup>55</sup>.

En cuanto a política interior, en opinión de Reeves cabe destacar con Tutmosis IV el inicio de una reacción real contra el excesivo monopolio teológico e influencia política ejercidos por el clero de Amón en Tebas. Esta reacción se apoyó en la teología heliopolitana, así en una estela que mandó colocar entre las patas de la Esfinge de Guiza, Tutmosis IV se vanagloriaba ya de deber el trono no a Amón, sino al dios-sol simbolizado por dicha esfinge<sup>56</sup>.

Para Reeves<sup>57</sup>, el presentar al faraón como un hijo de Atum, creador del universo, mencionado junto a Harmaquis, indica que la mano que movía los hilos por detrás de la candidatura de Tutmosis IV era el sacerdocio de Heliópolis. Este sacerdocio heliopolitano buscaba volver a colocar a la monarquía sobre una base teológica más sólida, teniendo como objetivo una vuelta a los valores del pasado, cuando el carácter semi-divino del rey era indiscutible y el principal poder en el cielo era Re, la divinidad solar que había inspirado la construcción de las pirámides, el mayor logro de Egipto. Esta aspiración era algo que ningún gobernante, preocupado porque el control se le pudiese escapar de las manos, podría dejar de estar de acuerdo.

Pero para Reeves, el hecho más significativo fue el énfasis puesto desde entonces en el aspecto más sensitivo de Re, el cuerpo visible del dios sol, el Atón. El Atón, un símbolo universal, visible en todos los países, era contemplado, evidentemente, como una representación

---

<sup>54</sup> (Shaw, 2007), Pág. 339

<sup>55</sup> (Padró, 2006), Pág. 241-242

<sup>56</sup> El tono de esta inscripción ha llevado a muchos egiptólogos a concluir que la llegada al trono de Tutmosis IV obedeció menos a una ley de primogenitura que a una connivencia política; la estela representa, de hecho, la confirmación, por medio de un oráculo, de una sucesión en disputa. Con seguridad, Tutmosis IV no era el único candidato al trono. (Reeves, 2002), Pág. 62

<sup>57</sup> (Reeves, 2002), Págs. 63-67

particularmente apropiada del poder imperial (la manifestación solar con la que el faraón, a su muerte, se fundía tradicionalmente en un solo ser). Y promocionar al Atón como el nuevo dios universal del imperio, aunque de una forma provisional, era promocionar las pretensiones de la propia monarquía.

Esto se tradujo en el terreno de la política cotidiana, en un alejamiento de los sumos sacerdotes de Amón de los cargos políticos más importantes, como visir del Alto Egipto o ministro de Hacienda, cargos que habían detentado durante los reinados de Tutmosis III y Amenhotep II<sup>58</sup>.

### AMENHOTEP III Y EL APOGEO DE LA CIVILIZACIÓN EGIPCIA

El reinado de **Amenhotep III** (1402-1364 a.C.) hijo de Tutmosis IV y de Mutemuya, es considerado un período de paz y prosperidad. Con Amenhotep III, la civilización egipcia clásica alcanzó su cénit. El nuevo rey nunca hizo ostentación de victorias guerreras pues con la alianza egipcio-mitánica continuaba asegurando el equilibrio internacional. Para mantener el orden internacional continuó realizando matrimonios políticos con las hijas de los reyes de Mitanni, Babilonia, etc.<sup>59</sup>. Pero hacia el final del reinado de Amenhotep III, el rey hitita decidió atacar la frontera de Mitanni. Dicha operación resultó ser un fracaso. Tushratta salió vencedor de los hititas y notificó a su cuñado Amenhotep III el éxito de las operaciones. El deterioro de la situación internacional y la materialización del peligro hitita hizo que estrechasen su alianza, sellándola con un nuevo matrimonio. La princesa mitánica, Tadu-Jeba<sup>60</sup>, fue enviada por su padre Tushratta a Egipto para desposar a Amenhotep III. No obstante, con el fallecimiento del faraón, no sabemos si la boda llegó a realizarse<sup>61</sup>.



Estatua de Amenhotep III. Museo Británico (Londres)

Durante el reinado de Amenhotep III a pesar del continuo crecimiento de la influencia heliopolitana, la base teológica del reinado de Amenhotep III, como se recoge en una serie de

<sup>58</sup> (Padró, 2006), Pág. 242

<sup>59</sup> (Padró, 2006), Pág. 243

<sup>60</sup> Esta princesa quizá se convirtió posteriormente en esposa de Ajenatón. Si fue así, pudo ser la misma persona que Kiya, que ostenta en Amarna un título de esposa único que quizá reflejase su origen extranjero. (Dodson, 2005), Pág. 146

<sup>61</sup> (Padró, 2006), Pág. 246

relieves sobre los muros del templo de Luxor, es como hijo divino de Amón-Re. Estos relieves dan testimonio de cómo Mutemuya es visitada de noche por la divinidad y es concebido el futuro rey.

Para Reeves<sup>62</sup> este acercamiento a Amón se debió, por un lado a que las ambiciones políticas de los sacerdotes de Amón habían podido ser refrenadas, en parte gracias al creciente favor mostrado por el rey hacia ciertos personajes clave dentro del estamento militar entre ellos, Yuya, el padre de su gran esposa real Tiy, que ostentaba en la corte los títulos de “maestro de caballería” y “capitán de carros de su majestad”. Y también, porque uno de los hombres del rey, originario del norte y, en su día, visir del sur, Ptahmose, tenía bajo su control el templo de Amón en su condición de sumo sacerdote del mismo.

Según Reeves, Amenhotep III ascendió al trono como un ser semi-divino, pero abandonó esta vida después de cuatro décadas de gobierno como un dios, el deslumbrante disco solar (Atón). Para W. Raymond Johnson<sup>63</sup> esta transformación tuvo lugar a la vez que el primer *Heb Sed*, o fiesta jubilar de renovación del poder real, celebrado en el año 30 de su reinado, tras el que la asociación solar del rey fue enormemente puesta de relieve, en la adopción de una nueva escritura jeroglífica del nombre de entronización del faraón, Nebmaatre traducido como “poseedor del *maat* de Re”, que utiliza una figura del rey (neb) sosteniendo una pluma (maat) y con un disco solar sobre su cabeza (Re), y en la adición de patios solares a las diferentes estructuras templarias del rey en Luxor y otros lugares.

Como nos indica Quirke<sup>64</sup>, su categoría cambio desde rey solar a sol propiamente, esta transformación está expresada en las inscripciones, como apunta la egiptóloga Betsy Brian, donde no se recoge simplemente que el rey decidiese unirse al sol en su barca para atravesar los cielos, sino que, en realidad, ocupaba el lugar del sol.

El culto del Atón se había convertido en el culto de la propia monarquía, el acto final en la gradual y deliberada reasunción del poder real que se había perdido a causa de Hatshepsut, a manos del sacerdocio de Amón. Resumiendo, podemos decir que en su reinado la creencia en la divinidad del faraón alcanzó nuevas cotas sin precedentes, de forma lenta y deliberada, y con un claro propósito: **restablecer la autoridad del rey**<sup>65</sup>.

---

<sup>62</sup> (Reeves, 2002), Págs. 70-96

<sup>63</sup> (Johnson, 1996), Pág. 67

<sup>64</sup> (Quirke, 2003a), Pág. 186

<sup>65</sup> (Reeves, 2002), Págs. 120 y 133



Representación de Amenhotep III en el estilo de divinización de la primera Heb Sed, en el relieve J45 del Museo de Arte Egipcio de Luxor (dibujo de W.R.Johnson)

### 3. LA RELIGIÓN DEL ANTIGUO EGIPTO

#### 3.1. CARACTERÍSTICAS DE LA RELIGIÓN EGIPCIA

Tal y como nos indica Cervelló<sup>66</sup>, para intentar comprender en su esencia la cultura del Egipto faraónico, debemos acercarnos a ella de igual a igual, en busca de un universo de discurso cualitativamente distinto pero no menos complejo y rico, y sin olvidar que desarrollo tecnológico y civilización no son sinónimos; y significa asimismo conocer su cosmovisión y su religión, puesto que en ellas lo sagrado es omnipresente, lo permea, contextualiza y explica todo, entre otras cosas por el carácter integrado e integrador de su universo, a diferencia del universo occidental, que es profano.

Todas las sociedades humanas no-occidentales del presente y del pasado se caracterizan por ser obra del *homo religiosus*, y de ahí la importancia de la Historia de las Religiones en la comprensión de los aspectos definidores de esas sociedades, pues su sistema religioso es el elemento vertebrador de su realidad cultural.

Si observamos el comportamiento general del hombre arcaico nos llama la atención un hecho: los objetos del mundo exterior, como los actos humanos propiamente dichos, *no tienen valor intrínseco autónomo*. Un objeto o una acción adquieren un *valor* y, de esta forma, llegan a ser reales, porque participan, de una manera u otra, en una realidad que les trasciende. En cuanto a los actos humanos, su valor le viene dado por ser una reproducción de un acto primordial, repetición de un ejemplar mítico, se reiteran porque fueron consagrados en el origen por dioses, antepasados o héroes. Esa repetición, ese *eterno retorno* que actualiza el momento mítico en que el gesto arquetípico fue revelado, mantiene al mundo en el instante auroral de los tiempos, por lo que el hombre de las civilizaciones arcaicas es libre de no ser ya lo que fue, libre de anular su propia historia mediante la “abolición” periódica del tiempo y su regeneración. El mito no es el reflejo de hechos históricos. El mito es atemporal, tradicional y oral. Es por ello que lo profano es irrelevante<sup>67</sup>.

El discurso mítico-religioso posee otras dos características distintivas. La primera de ellas, es que el hombre vive en un mundo integrado, ya que todo en la creación, participa de lo numinoso, todo está interaccionado, todo depende de todo. El principio de la integración se entiende como la interacción entre el hombre y la naturaleza para la vida y buena marcha de uno y otra. Esta armonía era interpretada como el mayor bien a que el hombre podía aspirar.<sup>68</sup> Es por ello, que la principal misión del faraón era asegurar la integración cósmica, mediante el culto diario a los dioses, que el faraón ofrecía en exclusiva (sólo a él se le representa oficiando en los relieves de los templos) y que los sacerdotes llevaban a cabo por su “delegación”. El faraón “alimentaba” a los dioses, representantes del cosmos, para que éstos, a su vez, dieran a los hombres fertilidad, abundancia, salud. Para Cervelló, la vida religiosa del Antiguo Egipto se resuelve básicamente en esta interacción mística.

---

<sup>66</sup> (Cervelló, 1996), pág.13-32

<sup>67</sup> (Eliade, 2002), Págs. 14-15, 42, 79-81, 151.

<sup>68</sup> (Frankfort, 1998a), pág. 110



La última característica que define el discurso mítico, es lo que Frankfort denomina la multiplicidad de enfoques. La religión egipcia no era exclusivista, reconocía un número ilimitado de dioses. Pero en ella observamos un conjunto de doctrinas que en principio nos parecen contradictorias. Sin embargo, éstas se explican porque los antiguos no intentaban resolver los problemas últimos con que se enfrenta el hombre con una teoría simple y coherente (éste ha sido el método de aproximación desde la época de los griegos). El pensamiento antiguo (mitopoético), por el contrario, admitía la coexistencia de ciertas intuiciones *limitadas* que se tenían por válidas *simultáneamente*, cada una en su propio contexto, cada una correspondiendo a un camino definido de aproximación. Por ejemplo, “la creación en Egipto puede ser obra de Re-Atum, de Ptah, de Cnum...; cada dios creador actúa según un concepto cosmogónico distinto (creación fisiológica, a través del Verbo, artesanal...): son los distintos modos, perfectamente yuxtaponibles, en que puede concebirse el proceso cosmogónico, a cuya complejidad de conjunto sólo es posible acceder por esta multitud de aproximaciones; y en cada caso se aludirá a uno u otro dependiendo de qué aspecto de la cosmogonía se tome en consideración”<sup>69</sup>.

Resumiendo, podemos decir que las sociedades integradas son politeístas, en ellas los dioses encarnan los distintos aspectos del cosmos, la multiplicidad en la unidad, y donde cada uno de ellos es susceptible, en un momento dado, de asumir la totalidad de lo divino (henoteísmo).

Cuando se pierde ese concepto de integración es cuando aparece el monoteísmo, donde Dios no se confunde con la naturaleza, sino que es creador de la misma. La superación de los arquetipos y de la repetición por el judeocristianismo da paso a una nueva categoría en la experiencia religiosa “la fe”, la concepción de un Dios para el que “todo es posible”, e implica que todo es posible también para el hombre<sup>70</sup>.

---

<sup>69</sup> (Cervelló, 1996), pág.13-32

<sup>70</sup> (Eliade, 2002), Pág. 154

### 3.2 EL DIOS SOL

En el Papiro de Turín y en la Historia de Manetón, el dios-sol figura como el primer rey de Egipto. Ya se le llame Re, Jepri o Atum, es el prototipo del Faraón<sup>71</sup>. Para los egipcios, el sol encarnaba algo más que el poder en el cielo o la tierra; la garantía diaria del amanecer después de la puesta de sol del día anterior ofrecía una promesa de resurrección, y por ello el dios sol era considerado el poder central original de la creación. En los textos egipcios, en su faceta de creador es llamado Atum (el todo), al ser la sustancia a partir de la cual surge toda la creación.

Según Quirke<sup>72</sup>, en términos egipcios, en cada nueva inundación se repetía la primera vez, cuando las aguas retrocedieron para dejar ver las poco profundas aguas primordiales en las que podría florecer una flor de loto que sostendría al dios sol, y posteriormente la primera tierra seca sobre la que el dios sol podría encontrar un espacio para su descanso. La división del mundo en una tierra seca en medio de las aguas implicaba un espacio por encima de la tierra, un cielo.

Esta nueva división toma el aspecto de un desarrollo surgido de los principios preexistentes de Vida = preservación = aire seco = Shu, y de Justicia = cambio = aire húmedo = Tefnut. De esta manera, el aire seco (Shu) se convierte en tierra seca (Geb), mientras que el aire húmedo (Tefnut) se convierte en el cielo (Nut), concebido como una imagen especular de las aguas originales y, por tanto, como una extensión acuática. En términos familiares Shu y Tefnut dan a luz a Geb y Nut y, posteriormente, se produce una nueva división del mundo cuando Geb y Nut producen cuatro retoños, los dioses del desorden Set, y del orden, Osiris, y sus hermanas Neftis e Isis. La nueva generación completa el número de nueve divinidades, la Enéada.

Al principio, el dios sol gobernó en la tierra sobre esta creación, en la que ya existían los seres humanos y divinos. Pero ante la rebelión de los humanos, Re decidió castigarlos y aunque los venció decidió abandonar la tierra y ordenar a Nut, el cielo, que se alejase de la tierra, siendo elevado por Shu y los ocho dioses denominados Heh, infinito. Entonces el dios sol tomó una barca para atravesar los cielos, y el constante flujo de luz y tiempo se dividió en las horas del día y de la noche.

De esta manera, el universo consistía para los egipcios en un proceso eterno, un ciclo de luz y oscuridad que ocupaba el limitado espacio de Geb, Shu y Nut (tierra, aire y cielo) en medio de la expansión abierta de Nun, las aguas primordiales. El viaje del sol a través del cielo diurno para descansar al anochecer, y a través del cielo nocturno, para nacer por la mañana, confería al universo un carácter de movimiento perpetuo. Los egipcios, encontraron en el escarabajo pelotero el patrón del dios sol empujado por el cielo, y así el escarabajo se convirtió en un símbolo de regeneración solar como Jepri, el dios sol que adquiere una forma visible en el cielo matutino.

---

<sup>71</sup> (Frankfort, 1998b), pág. 170

<sup>72</sup> (Quirke, 2003b) , págs. 37-46



Cosmogonía Heliopolitana. Museo del Louvre (París)

Para evitar el peligro de que las fuerzas de desintegración engullesen la barca del sol (amenaza representada como la serpiente Aapep), el viaje cósmico debía ser constantemente sostenido por el culto y la justicia, y por ello el dios sol instauró un rey sobre la tierra como su sucesor. En la generación de las primeras divinidades, la realeza pasó de Re a Shu, de éste a Geb y más tarde a Osiris. En la experiencia humana, el lugar del dios sol era ocupado en la tierra por el rey, que no era un ser humano, sino un dios mortal que compartía la misma substancia del dios sol.

Después de la retirada de Re a los cielos, surgieron otros conflictos en el seno de la creación entre Osiris, Set y Horus. En esas historias, pese a estar retirado en el cielo, el dios sol continúa actuando como autoridad suprema. Como hijo mayor, Osiris se convierte en el siguiente rey del mundo; pero su reinado llena de celos a Set, quien lo asesinó<sup>73</sup>.

“En las tres fases, el ciclo de Osiris ofrecía garantías para los egipcios: la primera fase, el asesinato y revivificación de Osiris, prometía vida nueva en la tierra, vida nueva en las plantas tras la inundación y una nueva existencia humana tras la muerte. La segunda fase, la protección del niño Horus, ofrecía la supervivencia frente a los ataques naturales de vecinos venenosos propios del Valle del Nilo. La tercera fase, la lucha de Horus y su victoria sobre Set, ofrecía un modelo para la monarquía, para cualquier lucha del bien contra el mal, y para la vida eterna, alcanzable únicamente para aquéllos que pudiesen demostrar que habían vivido vidas buenas en la tierra.

La ascensión del rey señala un triunfo como el del dios sol surgiendo de la nada, y como el de Horus ascendiendo al trono al final de sus combates con Set. De esta ascensión depende el bienestar de los dioses y la humanidad y la perfección del orden natural, sobre todo de la inundación y la división ordenada del día y la noche. El triunfo de cada nuevo Horus (rey) se funde con el mensaje de salida del sol para unir el orden natural con el social, lo humano con lo divino.

<sup>73</sup> (Quirke, 2003a), pág. 48

En conclusión podemos decir que los egipcios concebían el mundo como un proceso solar desde la puesta del sol hasta el amanecer, y de nuevo hasta la puesta de sol, repetido indefinidamente, una armonía que había sido interrumpida por el asesinato de Osiris a manos de Set. El daño infligido a la creación pudo ser contenido mientras la justicia fue llevada hasta su señor, el dios sol, por los dioses Tot o Inheret, por su paralelo terrestre, el rey, y por sus sustitutos en las diferentes localidades de Egipto, los sacerdotes. Tan sólo este marco de Justicia, creada para existir y llevada hasta el creador, podía proporcionar el espacio en el que los seres humanos podrían, a su vez, participar en la tarea de preservación del cosmos predicando y practicando la Justicia<sup>74</sup>.

---

<sup>74</sup> (Quirke, 2003b) , págs. 86-93

### 3.3 REALEZA Y CULTO

El rasgo que define a la civilización egipcia, compartido por muchas culturas africanas antiguas y modernas, puesto que pertenecen al mismo complejo cultural africano, es lo que el etnógrafo James G. Frazer llamó **realeza divina**, todo en Egipto gira alrededor de la figura del faraón, un auténtico catalizador de las fuerzas cósmicas y sociales, **el rey de Egipto es un dios**<sup>75</sup>. Pero no un dios como lo concebimos desde nuestra tradición judeo-cristiana, para los egipcios los dioses eran seres “naturales” identificados con los procesos de la naturaleza y condicionados por estos, así p.e.: existe un dios chacal (Anubis), vinculado con el tránsito al más allá, un dios ibis (Tot) relacionado con la sabiduría, y también un dios hombre “el faraón”<sup>76</sup>.

Lo que tienen en común los dioses es su poder de intervención en el cosmos y su condición sagrada (arquetípica) y sobrehumana<sup>77</sup>, esto conlleva que la función principal del faraón, antes que las tareas de gobierno y militares, sea la de mantener el orden cósmico (es decir, la *maat*, la armonía universal, la verdad, la justicia<sup>78</sup>, el equilibrio) y la de hacer de intermediario entre el mundo de los dioses y el mundo de los hombres, a los primeros consagrando templos y garantizando el culto diario para que concedan armonía, abundancia y bienestar, y a los segundos, haciéndoles llegar ese bienestar y asegurándoles una vida plena y rica, es decir, el faraón está al servicio de la comunidad, a la que tiene que garantizar el bienestar y el desarrollo<sup>79</sup>.

Las tareas políticas y militares del rey pertenecen a estas funciones cósmicas (culturales)<sup>80</sup>, cuando gobierna, imparte justicia, va a la guerra, etc. lo que hace es asumir el arquetipo del campeón cósmico que lucha contra el caos, de aquí las numerosas representaciones del faraón masacrando al enemigo vencido:



Paleta de Narmer. Museo Egipcio (El Cairo)

<sup>75</sup> (Frankfort, 1998b), pág. 29. Sin embargo, para Hornung, el faraón no es dios, es un testimonio del poder del dios creador que actúa en este mundo. En su entronización, el rey se reviste del papel del dios creador y se asegura, por medio de una abundancia de ritos y signos de poder, el poder de actuación de los dioses. Es en este papel cuando le corresponden todas las denominaciones y epítetos que son propias de dioses. (Hornung, 1999), Pág. 131

<sup>76</sup> (UOC, 2002)

<sup>77</sup> El faraón es un catalizador cósmico, un ente a través del que se produce la unión entre las esferas trascendentes e inmanentes del universo, una especie de fetiche cargado de sacralidad. Y para cumplir con éxito su función, el rey tiene mantenerse puro, separado de cualquier fuente de contagio de impurezas. Por este motivo, el faraón estaba sometido a severas limitaciones, prohibiciones y regulaciones en su vida personal y pública.

<sup>78</sup> (Quirke, 2003a), pág. 26

<sup>79</sup> (UOC, 2002)

<sup>80</sup> (Quirke, 2003a), pág. 23

En términos mitológicos la doctrina egipcia de la realeza se personifica en dos grandes divinidades: Horus, el dios halcón, que es la figura mitológica del rey vivo y Osiris, el dios muerto y resucitado, que es la figura mitológica del rey difunto y resucitado en el más allá, así como de todos los ancestros de la realeza. En el mito, Horus es hijo de Osiris. El binomio Osiris-Horus expresa el principio de la legitimidad dinástica: todo rey sucesor es Horus y por tanto hijo legítimo del predecesor difunto, que es Osiris, esto es el arquetipo y lo que contaba para los egipcios, mas allá de si era hijo carnal o no del rey predecesor<sup>81</sup>.

Tal y como nos indica Frankfort<sup>82</sup>, el concepto de dignidad real surgió en Egipto al final del período predinástico, donde se reconoce a un primer rey de una primera dinastía: Menes, según la tradición, sus predecesores fueron los “espíritus semidivinos” que habían heredado su autoridad de los dioses, que a su vez tuvieron como antecesor al Creador, Re, por lo tanto, la autoridad monárquica era una institución de desarrollo paralelo al del universo.

Con el advenimiento de la Primera Dinastía se llegó a la unificación política, pero ésta no fue sólo una solución práctica a un problema de organización, puesto que la forma que adoptó esa solución, la **monarquía dual**, la soberanía del Alto Egipto y la del Bajo Egipto, unidas en la persona única del gobernante, constituyó un hallazgo muy importante, porque servía de modo de expresión a una idea típicamente egipcia, la concepción del mundo como un conjunto de dualidades contrapesadas en un equilibrio inalterable. Por ejemplo, el universo recibía la denominación de “cielo” y “tierra”, a su vez ésta última también se concebía dualmente: “las Dos Tierras” ó las “Dos Orillas”(del Nilo).

Todas estas dualidades pertenecen a la cosmología y no a la historia o a la política, sin embargo cada una de ellas servía para describir la soberanía del rey, ya que toda la humanidad y todos los territorios debían estar sujetos al faraón, la monarquía dual mantuvo siempre un significado simbólico, cuando el faraón se llamaba a sí mismo “El Señor de las Dos Tierras”, no se refería a la división que hubo originariamente, sino a la **universalidad de su poder**. La perfecta consonancia entre los nuevos conceptos políticos y las establecidas nociones cosmológicas invistió a su creación de poderosa autoridad.

Un estado concebido dualmente debió parecer a los egipcios la manifestación del orden de la creación en la sociedad humana y no el producto de un poder temporal, por tanto en esto radica la originalidad de Menes. Otro epíteto del rey, “Los Dos Señores” encierra un simbolismo religioso más profundo, se refería a los eternos antagonistas, Horus y Set, los símbolos mitológicos de todo conflicto, si al rey se le llama Horus-Set esta fórmula nos indica no sólo que el rey domina la

---

<sup>81</sup> (UOC, 2002)

<sup>82</sup> (Frankfort, 1998b), pág. 30, 39-43 y 44-46. (Frankfort, 1998a), págs. 111-112, 122-123, 130-131 y 140-141.

monarquía dual, sino que además ha aplastado la oposición y ha reconciliado a las fuerzas en conflicto, que representa un orden inmutable.

La perdurabilidad del significado de las conquistas de Menes, y la unificación de Egipto se veían no como un resultado efímero de ambiciones conflictivas, sino como la revelación de un orden predestinado. Y es así como se consideró a la monarquía en toda la historia egipcia. Siempre, que en tiempos posteriores, el poder central se derrumbaba y los centros locales recobraban su antigua autonomía, no se pensaba que esta vuelta a las condiciones predinásticas fuese una nueva desviación de una norma política, sino una **caída en desgracia**.

En Egipto, la comunidad se había liberado del miedo y de la incertidumbre al considerar a su gobernante un dios; sacrificando toda la libertad en aras de una integración inmutable de sociedad y naturaleza. Aunque hay que tener en cuenta que el poder del rey, aunque absoluto, no era arbitrario. El faraón era el campeón de la justicia, *maat*. Esta creencia tiene consecuencias en el terreno de la filosofía moral. Otorga a todo lo que existe un aspecto de permanencia. Excluye ideas de progreso, utopías de cualquier tipo, revoluciones y cualesquiera cambios radicales de las condiciones existentes.

## 4. AJENATÓN, DÉCIMO FARAÓN DEL IMPERIO NUEVO

### 4.1. LA FAMILIA REAL.

Como indica Dodson<sup>83</sup>, en el corazón de la sociedad egipcia estaba el rey como la encarnación divina del dios halcón Horus, ejerciendo su autoridad como cabeza de la administración civil, comandante supremo en la guerra y sacerdote principal de todos los dioses del reino.

Junto a la clase dirigente compuesta por miembros de la realeza, sacerdotes, cortesanos y administradores que encontramos alrededor del rey, estaba la familia del rey, que formaba lo que podría considerarse, una estructura paralela que se entremezclaba con el mundo plebeyo bien a través del matrimonio o asumiendo una función civil o sacerdotal cuando la ocasión lo requiriese.

El título central empleado para designar a la consorte del rey durante la mayor parte de la historia egipcia fue la “Esposa del Rey”. Otro título empleado era el de “Gran Esposa del Rey”, con el que se designaba a la primera dama del país, actuando como homóloga femenina del faraón.

Este estatus de la figura femenina equivalente al rey puede considerarse relacionado con varios conceptos teóricos que impregnan todo el sostén ideológico de la monarquía egipcia. La imaginería sexual aparece en toda la teología egipcia, en particular en la dualidad que subyace en gran parte de la misma. Con la excepción de un creador que se generó a si mismo, la generación divina posterior fue sexual, con la trinidad (padre-madre-hijo) como formación divina ideal. El ejemplo mejor conocido es el de Osiris, Isis y Horus, con la devota esposa rescatando a su marido en momentos de necesidad, y su hijo vengando el asesinato de su padre y apropiándose de la dignidad de sucesor que le correspondía. Así pues, la esposa del rey era una parte integrante de la monarquía, por lo que algunas esposas del rey alcanzaron en vida una consideración divina muy cercana a la del propio rey.

También era una figura importante, el Príncipe Heredero “el Halcón en el nido”, en su calidad de próximo faraón, y en ciertos períodos con una función estatal concreta.

Durante los primeros años de la dinastía XVIII, a menudo resulta oscura incluso la identidad de la principal esposa del rey; en contraste, a partir del reinado de Amenhotep III los monumentos nos muestran un enorme aumento de la importancia de la familia real, ya que las esposas suelen ser representadas junto a sus maridos, mientras que las hijas (aunque no los hijos) aparecen con regularidad.

---

<sup>83</sup> (Dodson, 2005), Págs. 8, 25-29





Amenhotep III , Tiy y la princesa Henuttaneb. Museo Egipcio (El Cairo)

La función de la reina se muestra de una forma mucho más explícita, identificándola con algunas divinidades femeninas, llegándose a construir templos en los que el foco terrenal no era únicamente el rey, sino también su Gran Esposa. Un ejemplo de ello lo tenemos con Tiy, la Gran Esposa de Amenhotep III, ya que fue deificada en su propio templo en Sedeinga (ó Adaya), en la Alta Nubia, donde era adorada en forma de una estatua identificada con la diosa Hathor como protectora de las tierras extranjeras de Nubia y Cush<sup>84</sup>. Para Reeves<sup>85</sup>, al enfatizar la posición de Tiy hasta ese grado tan extraordinario, Amenhotep III tenía claramente un objetivo a la vista: promover el carácter divino de la familia real como una entidad.

### **LOS MIEMBROS DE LA FAMILIA REAL DE AJENATÓN.**

“Los padres de Ajenatón fueron Amenhotep III y la Gran Esposa de éste, la reina Tiy. Ajenatón fue sin duda, hijo de Tiy, ambos aparecen en más de una ocasión en contextos que demuestran que él era el rey que daba sentido al título de Madre del Rey de Tiy. Ajenatón tuvo un hermano mayor, Tutmosis, que falleció prematuramente.

Desde las primeras fases de su reinado como Amenhotep IV, la esposa principal de Ajenatón en innumerables monumentos es Nefertiti. No obstante, en ningún lugar encontramos información sobre los padres de Nefertiti, aunque el hecho de que nunca se la llamase del Rey o Hermana del Rey deja bastante claro que no nació dentro de la familia real.

Ajenatón y Nefertiti tuvieron seis hijas, Meritatón, Meketatón, Anjesenpaatón, Neferneferuatón-tasherit (hija), Neferneferura y Setepenra (para Dodson la teoría de que Ajenatón sería estéril y el

<sup>84</sup> (Aldred, 1989), Pág. 162

<sup>85</sup> (Reeves, 2002), Pág. 78

padre de las niñas sería Amenhotep III, no es válida pues no existen pruebas reales que la confirmen).



Ajenatón y Nefertiti, con sus hijas Meritatón, Meketatón, Anjesenpaatón. Museo Egipcio (Berlín)

Una de las pocas “sub-esposas” de Ajenatón, por acuñar un término, conocida por sí misma es Kiya, que ostentó el título único de “Gran Esposa Amada del Rey Dual”. Según Dodson, Kiya quizá pudo ser la misma persona conocida anteriormente como Tadu-Jeba, sin embargo Shaw<sup>86</sup> considera que el nombre de Kiya es perfectamente egipcio y no hay nada que sugiera un origen extranjero.

Algunas inscripciones de Amarna parecen indicar que hubo otras dos princesas: Meritatón-tasherit y Anjesenpaatón-tasherit. Ambas princesas aparecen únicamente en textos reelaborados que en su día invocaban a Kiya y es posible que fuesen hijas de ésta y Ajenatón, y no de Meritatón y Anjesenpaatón con Ajenatón como también se ha sugerido<sup>87</sup>.

Una última cuestión referente a los hijos de Ajenatón es si tuvo algún descendiente varón. La preponderancia de niñas en los monumentos podría ser sencillamente un problema de decoro (los hijos varones son una rareza en cualquier monumento preramésida) y, por lo tanto no constituye un argumento a favor o en contra de la existencia de hijos varones de Ajenatón.

Según Marc Gabolde, Ajenatón sería el padre del futuro rey Tutankhatón, por una escena de duelo de la sala *gamma* de la tumba real de Amarna, donde se representan los lamentos de la pareja real delante del cadáver de Meketatón, en la que hay un niño, en brazos de su nodriza y seguido por dos flabelíferas, acompañado por un panel inscrito cuyos vestigios reconstruidos por este autor diría: “El hijo carnal del rey, su bien amado, Tutankhatón, nacido de la gran esposa del rey, su bien amada,

<sup>86</sup> (Shaw, 2007), Pág. 367

<sup>87</sup> (Dodson, 2005) Págs. 27, 146-148.

Neferneferuatón-Nefertiti<sup>88</sup>. Sin embargo, para Lull, por una serie de razones, entre ellas que la inscripción está muy deteriorada y según las últimas pruebas de ADN realizadas a la momia de Tutankhatón, esto no sería posible, al menos con respecto a Nefertiti.

---

<sup>88</sup> (Laboury, 2012), Pág. 386

## 4.2. LOS AÑOS DE REINADO EN TEBAS

Amenhotep IV “Amenhotep el dios que gobierna Tebas” comenzó su reinado<sup>89</sup> como una continuación ostensible del de su padre y predecesor Amenhotep III, es decir, en cuanto se refiere a la teología de la realeza faraónica, se situó bajo los auspicios de ese dios supremo, tanto de la monarquía como del cosmos, en que se había convertido Amón-Re de Karnak.



Amenhotep IV. Museo del Louvre (París)

La titulación que adoptó Amenhotep IV (por lo general un anuncio del programa político del nuevo monarca) insiste en los lazos que lo unen al feudo de Amón-Re, pues lo presenta como: El Horus: "Toro victorioso alto de las dos plumas" (alusión a un tipo concreto de corona con doble pluma del rey de Egipto, o quizás a la característica tiara de Amón); el de las Dos Señoras: "El grande de realeza en el *Ipet-Sut*" (el santuario situado en el corazón del complejo de Karnak); el Horus de oro: "Aquel que alza las coronas en la Heliópolis del sur" (Karnak:); el rey del Alto y el Bajo Egipto: Neferjeperure ("Re es perfecto de transformaciones" o "El perfecto de transformaciones de Re") Uaenre ("El único de Re"); el hijo de Re: "Amenhotep el dios que gobierna Tebas" aludiendo y asimilándose de forma evidente al divino señor del lugar.

Esta primera fase<sup>90</sup> hubo de durar un cierto tiempo, al menos varios meses, los suficientes como para iniciar las obras de construcción y la decoración de las fachadas de los templos de

<sup>89</sup> Han corrido ríos de tinta sobre una posible coregencia entre Amenhotep III y Amenhotep IV, y si ésta tuvo una duración larga o corta, no llegándose de momento a ningún consenso entre los especialistas en el tema. Por ello, la opción escogida en este trabajo, siguiendo a D.Redford y M. Gabolde entre otros, es considerar que no existió coregencia entre ambos. (Redford, 1984), Págs. 54-57. Aunque, para Lull, es segura una coregencia no superior a dos años, guiándonos entre otros por la carta EA27, y por la representación existente en el tercer pilono de Karnak, de Amenhotep III, seguido de una figura que ha sido destruida, presumiblemente de Amenhotep IV.

<sup>90</sup> (Laboury, 2012), Pág. 118

Soleb y Karnak, con la intención de completar las obras monumentales de su padre y de esta manera destacar los lazos que lo unían a él.

Sin embargo, estos proyectos, con un evidente alcance político, serían abandonados por el rey, en una especie de desaire contra quien hasta entonces había sido el garante de la legitimidad real, al tomar la decisión, antes del término de su primer año de reinado, de ordenar una movilización nacional<sup>91</sup> para la construcción de un nuevo edificio “el gran *Benben*” en el recinto sagrado de Amón-Re en Karnak, el *Ipet-Sut*, que estaría dedicado **al culto de otra divinidad, Atón**, bajo cuya protección se iba a colocar en adelante y del cual se presenta como su gran sacerdote<sup>92</sup>.

Tal y como indica Laboury, en el estado actual de la documentación, resulta imposible explicar con precisión y certeza las causas de este cambio del monarca. El único vestigio que nos ofrece algo de luz sobre este acontecimiento se encuentra en las estelas de frontera de Amarna, que señalan la fundación de la ciudad de Ajetatón en el Egipto Medio (5º año de reinado), un pasaje por desgracia mal conservado que menciona las horribles palabras que el faraón habría estado escuchado durante casi cada uno de sus primeros cinco años de reinado, lo que sugiere alguna forma de oposición a las decisiones reales. El pasaje en cuestión dice:

“En cuanto al .. en Ajetatón:

- ¡era peor que aquellas cosas que escuché en el cuarto año de reinado;
- era peor que [aquellas cosas] que escuché en el tercer año de reinado;
- era peor que aquellas cosas que escuché en [el segundo año de reinado];
- era] peor [que aquellas cosas que escuché en el primer año de reinado];
- era peor [que] aquellas cosas que escuchó [Nebmaat]re [Amenhotep III];
- [y era] peor [que] aquellas cosas escuchadas por todos los reyes que llevaron alguna vez la corona blanca!”

Reeves ve en este pasaje la lucha del faraón por su supervivencia. Considera que la revolución de Amarna fue dictada no tanto por una demencia teológica, como por las intrigas y la política de la corte, que habían resurgido tras su ascensión al trono. Se plantea la posibilidad de que la decisión de Ajenatón de volver a imponer *maat* (para él, el dominio legítimo del faraón) frente a los intereses del sacerdocio de Amón pudo conllevar una oposición muy dura, planteándose incluso la posibilidad de que llegaran a atentar contra la vida del rey, y que tras este intento fallido Amenhotep IV decidiese el abandono de Tebas<sup>93</sup>.

Para Laboury, la hipótesis de un conflicto desatado a los pocos meses de reinado entre el joven Amenhotep IV y el clero de Amón es posible; sobre todo porque durante la corregencia

<sup>91</sup> Según una estela realizada en su nombre en las canteras de gres de Gebel el Silsila y otra estela en Zernikh (o Kilabia) a 4 km. al sur de Esna. (Aldred, 1989), Pág.98 y (Laboury 2012),Pág. 124

<sup>92</sup> (Laboury, 2012), Pág. 125

<sup>93</sup> (Reeves, 2002), 139-140 y 148-149

entre Hatshepsut y Tutmosis III el dios tebano (por intermedio de su clero, intérprete de su voluntad) había participado de forma activa en una importante crisis dinástica. Aunque hace una objeción a la misma indicando que en el antiguo Egipto, era el propio faraón quien designaba a los miembros del clero, algo que le aseguraba el control de ese tipo de mecanismo (por ejemplo Aanen, el hermano de la reina Tiy, ejerció la función de segundo gran sacerdote de Amón), la matiza indicando ciertas prerrogativas que los personajes claves del aparato estatal del faraón podían llegar a reivindicar cuando la situación lo permitiera (como ejemplo pone la designación del visir tras una propuesta concertada de los cortesanos durante la minoría de edad de Tutmosis III, consiguiendo con ello mantener el cargo más elevado del Estado en el seno de una única familia durante tres generaciones).

Por lo tanto Laboury, no descarta que Amenhotep IV hubiera heredado una situación que su padre tenía por completo dominada; pero que con ocasión del cambio de reinado hubiera evolucionado peligrosamente, al haberse incrementado el apetito de sus interlocutores, como también ocurrió entre Egipto y Mitanni nada más llegar al poder el joven rey, con el litigio que se produjo por los regalos esperados a cambio del matrimonio de Amenhotep III con Tadu-Jeba, volviéndose la situación más delicada entre ambos reinos.

Este litigio comienza en tiempos de Amenhotep III, quien a finales de su reinado desposa a una nueva princesa mitánica: Tadu-Jeba, hija del rey Tushratta. Junto a la joven novia se envió una suntuosa dote (detallada en las tablillas EA 22 y EA 25) . A cambio, Tushratta esperaba generosos regalos por parte de su “hermano” y “yerno egipcio”.

Al considerar que su regalo no es suficiente, exige más y pide una “estatua de oro fundido” de Tadu-Jeba (carta EA 20). Pero en ese momento se produce la muerte de Amenhotep III, y se comunica que Amenhotep IV es el nuevo faraón (carta EA29).

Entonces Tushratta, aprovechando el cambio de reinado, solicita a Amenhotep IV, no una estatua de oro fundido, sino dos de oro macizo y lapislázuli. Intentando maximizar las posibilidades de éxito de su petición, Tushratta recomienda a Amenhotep IV que pida consejo a su madre, Tiy, y retiene a Mane, el emisario egipcio, mientras no reciba las estatuas.

Amenhotep IV no cede a la amenaza, y Tushratta tiene que enviar una segunda tablilla (carta EA 28), en la cual, propone a su “hermano liberar a los embajadores secuestrados por ambas partes y mantener de nuevo su amistad”<sup>94</sup>.

“La nueva divinidad elegida por el monarca, Atón, a la cual se dedica de una forma sorprendentemente exclusiva no es otra que un aspecto del dios solar tradicional, cuya particularidad (expresada de forma muy explícita mediante un nombre dogmático Re-Haractes que se regocija en el horizonte en su nombre de Shu que está en el Atón) es que su definición teológica es extremadamente precisa y fija, de tal modo que no permite ninguna interpretación o asimilación, que hasta entonces eran los dos motores esenciales de la religión faraónica.

---

<sup>94</sup> (Laboury, 2012), Pág. 129-130



Una vez terminado el templo del *Benben* cuya construcción era relativamente tradicional, inspirado por los antiguos santuarios solares, como los de la V dinastía, en Abu Gurob; pero también por un culto al *Benben* en forma de obelisco; aunque cabe destacar la particularidad de su programa decorativo, ya que sólo representa un único dios: Atón. El soberano continúa su tarea multiplicando las innovaciones que acentuaban la dimensión real y exclusiva de su nuevo dios tutelar. Comenzó poniendo de relieve el carácter vivo de su divinidad y de la energía luminosa que emana del astro solar, a todas luces en oposición a los demás dioses.

A mediados del año 4, Nefertiti aparece como esposa del rey. Y es precisamente durante este año cuando Amenhotep IV instauró las siguientes modificaciones revolucionarias:

- a) integración del nombre dogmático de su divinidad en un doble cartucho de tipo real. El significado de esta inclusión es claro, intenta poner de relieve la dimensión regia de la divinidad y, al hacerlo, la relación de analogía que lo une al faraón, “su imagen sobre la tierra”.
- b) Abandono de la iconografía tradicional simbólica del dios solar en beneficio de una representación de este tal cual se aparece ante nuestros órganos y sentidos, es decir, como un astro luminoso y radiante.



Re-Haractes. Museo del Louvre (París)



Atón. Museo Egipcio (Berlín)

- c) La invención de una nueva técnica de construcción, mediante pequeños bloques de dimensiones estandarizadas (conocidos hoy día como *talatates*) adecuados para lo que en adelante será una arquitectura religiosa a cielo abierto, para hacer construir al este de Karnak un gigantesco complejo en honor del dios sol, cuyo apelativo puede resumirse como Atón: astro solar<sup>95</sup>.

<sup>95</sup> (Laboury, 2012), Págs. 161-167

La ruptura con el sistema antiguo quedaba consumada, ya no era posible una recuperación de este por parte del soberano, y como indica Reeves<sup>96</sup>, lo que no puede sorprender tampoco es que los proyectos teológicos de Amenhotep IV provocasen la resistencia del sacerdocio de Amón; pero bien podría haber sido esta resistencia la que endureció al rey en su resolución y provocar la decisión de abandonar tanto Menfis, la capital administrativa de Egipto, como Tebas, su corazón religioso, al poder de sus funcionarios y sus sacerdotes para buscar nuevos horizontes. A partir de entonces, el dominio del faraón, se ejercería desde una nueva ciudad, en suelo virgen, dedicada en exclusiva a la nueva divinidad, su nombre sería: Ajetatón, “Horizonte del Atón”.

La nueva Ajetatón iba a ser construida lejos de la ciudad sureña, en una tierra virgen, en una zona desértica sin habitantes, fácilmente controlable en los acantilados al este del Nilo, en la frontera del Egipto medio, tal y como se nos narra en las estelas fronterizas de Amarna. Allí, en el auténtico centro del país, el Atón y su sumo sacerdote reinarían de forma absoluta, sin la rivalidad de ningún otro dios<sup>97</sup>.

Para Reeves, el anunciado traslado del rey debió contar con un sustancial grado de apoyo, procedente, al menos, de dos elementos dentro del país. Uno de ellos era el militar. Gracias a las conquistas de sus antepasados, el faraón había podido, durante mucho tiempo, apoyarse en un ejército regular, y sus escalafones superiores estaban ligados al palacio mediante una fidelidad personal incuestionable como resultado de su educación compartida como “niños del kap” (parvulario real). El rey no perdía oportunidad de celebrar a los militares en los relieves de los templos, primero en Karnak y posteriormente en Amarna, y el respeto era correspondido por las tropas, que en todos los lugares se postraban ante él.

La segunda esfera de apoyo procedía de la generación más joven, que proporcionó a Amenhotep IV *hombres nuevos* (como los califica Padró), individuos destacados como el supervisor de los profetas de todos los dioses, Parennefer, y el canciller Maya. Éstos y otros personajes del séquito real proclamaban que debían sus ascensos únicamente al favor del nuevo rey. Como criaturas no corrompidas por lazos familiares y obligaciones con el antiguo sistema, se mostrarían entusiasmados por cumplir la voluntad del rey. Para la nueva generación, el faraón era el héroe del momento, el hombre que había restablecido el verdadero orden en el mundo egipcio<sup>98</sup>.

No obstante, como apunta Laboury<sup>99</sup> la construcción de Ajetatón necesitó cierto tiempo antes de encontrarse en condiciones de acoger dignamente al rey y su corte. Así, cuando en el año 6 el monarca acude a celebrar el aniversario del “descubrimiento” de Ajetatón, se aloja en una tienda bautizada “Atón está satisfecho”. Para entonces ya había abandonado el patronímico

---

<sup>96</sup> (Reeves, 2002), Pág. 151

<sup>97</sup> (Reeves, 2002), Págs. 138-139

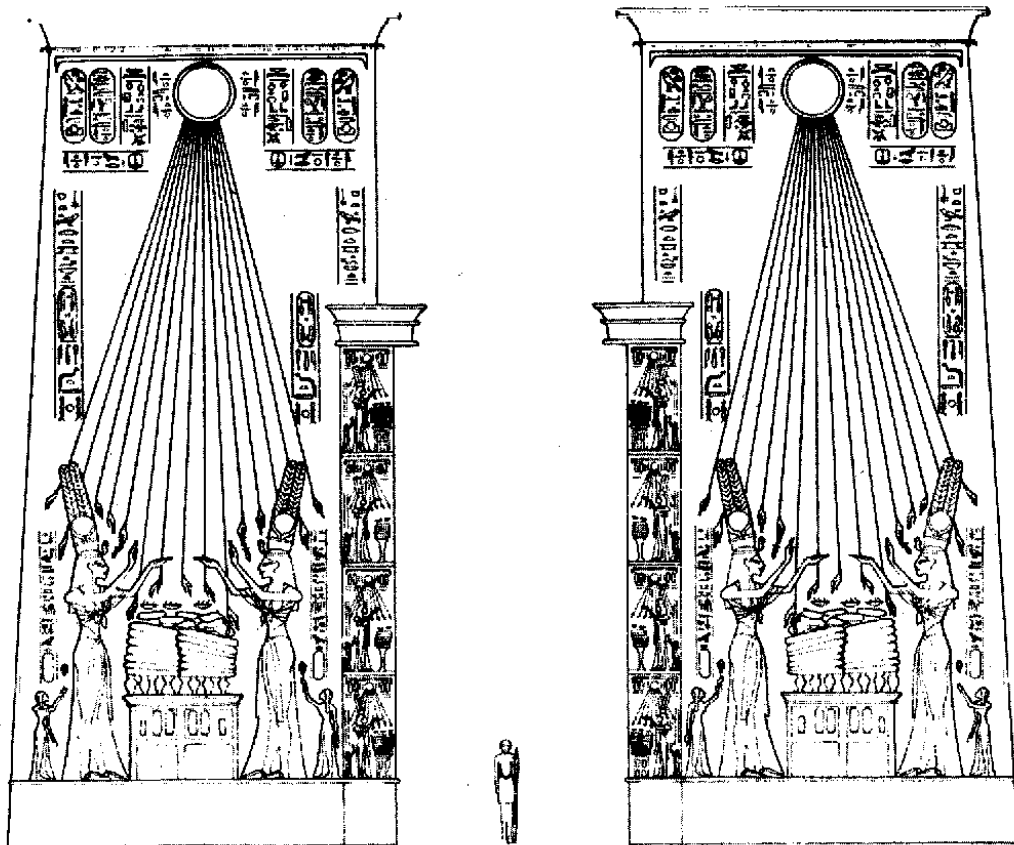
<sup>98</sup> (Reeves, 2002), Pág. 151

<sup>99</sup> (Laboury, 2012), Págs. 169-187



que lo colocaba bajo la protección de Amón: Amenhotep, para en adelante hacerse llamar Ajetatón. La reina también vio cómo su nombre adquiría un tono explícitamente atoniano Neferneferuatón-Nefertiti “Bella es la belleza de Atón”-Nefertiti. La familia real se amplía con el nacimiento de Meritatón en el año 5, de Meketatón en el año 6 y de Anjesenpaatón en el año 8<sup>100</sup>.

Amenhotep IV hasta que no se trasladó a Ajetatón, posiblemente en el año 8, continuó construyendo el complejo atoniano de Karnak. El primer “Horizonte de Atón” o la “heredad del Atón en la Heliopolis del sur”, consistía en un amplio grupo de edificios de funciones diversas. En Karnak se distinguen cuatro estructuras principales que parecen haber tenido una función litúrgica: “el templo del Benben” dedicado desde el año 1 a “Re-Haractes que se regocija en el horizonte en su nombre de Shu que está en el Atón”; el Gem-pa-Atón “Atón ha sido hallado”; el Teny-menu “El monumento para el Atón está distinguido para la eternidad”; y el Rudj-menu “El monumento para el Atón es sólido para la eternidad”.



Reconstrucción de un pilono de *talatates* del templo del Benben en el Gem-pa-Atón, donde se encuentran representadas Nefertiti y su hija Meritatón

Como indica Reeves<sup>101</sup>, en el diseño solar de su arquitectura la religión atonista era deudora en muchos aspectos del culto heliopolitano. Los templos del Atón eran construcciones a cielo abierto. Brillantes y ventilados (en absoluto contraste con los oscuros y apartados

<sup>100</sup> Las fechas del nacimiento de las princesas pueden situarse con exactitud por las estelas de frontera de Amarna.

<sup>101</sup> (Reeves, 2002), Pág. 126

recovecos internos del culto de Amón, cargado de incienso y con una aroma a misterio y a lo desconocido). La naturaleza abierta de los templos subraya otra diferencia: que no había necesidad de una imagen de culto, puesto que el dios era visible constantemente durante las horas de luz solar<sup>102</sup>. Como resultado, se podía prescindir de gran parte de la rutina diaria de la antigua religión, y el sacerdocio de Atón era, en consecuencia, más reducido en número. Su principal función, era la presentación de ofrendas diarias (de ahí la enorme cantidad de altares existentes en los templos de Amarna)<sup>103</sup> y su recuperación después de que la divinidad se hubiese saciado. Y lo que es más importante, el papel de los sacerdotes fue establecido, una vez más de acuerdo a *maat*, como simples "servidores del dios", siendo el faraón, el primero de todos ellos.

Como ha demostrado Claude Traunecker, la riqueza de la heredad de Atón es resultado de una cuidadosa política de gestión orquestada por Amenhotep IV. El fenómeno está claramente atestiguado desde el año 1, pues organizó una gran azofra a escala nacional, desde Elefantina hasta Sema-Behedet para construir el gran *Benben*, haciendo que participara no solo el ejército, sino también todo tipo de cortesanos. Los *talatates* descubiertos en el relleno del pilono IX establecen que Amenhotep IV impuso a cada santuario de Egipto, y con ello a todas las divinidades del panteón tradicional, una contribución en favor de su nuevo dios predilecto. Esta medida se vio completada, además, por una serie de impuestos a los municipios y las propias heredades reales, como demuestra otro grupo de *talatates*.

Todos estos documentos, como indica Traunecker nos hacen revisar la imagen de Amenhotep IV como un soberano místico perdido en sus sueños, pues nos revelan la vigorosa política de gestión instaurada por el faraón para asegurar la realización de sus proyectos.

Para Laboury<sup>104</sup>, esta heredad también es objeto, de forma clara, de una gestión ideológica por parte de Amenhotep IV. Este complejo parece haber sido concebido, en parte, para su ceremonia *Heb Sed*<sup>105</sup> como apunta Traunecker, la función de la Heb Sed fue siempre "reactivar los fundamentos de la teocracia faraónica y asegurar así la sacralidad y la supervivencia del soberano". En este contexto, la fiesta Sed de Amenhotep IV tuvo como objetivo asentar una teocracia nueva, elaborada con materiales antiguos. Según esta hipótesis, esta fiesta Sed señalaría el nacimiento del atonismo como religión del Estado y fundamento de la teocracia.

Esta hipótesis se basa, en primer lugar, en que lo esencial de esta singular ceremonia jubilar tuvo lugar en un complejo monumental cuyo nombre, Gem-pa-Aton significa «Atón ha sido descubierto». Por otra parte, a partir de los *talatates* aparecidos en el relleno del macizo oeste del pilono IX, R. Vergnieux ha podido reconstruir una gran escena que decoró el Teny-menu, en la cual el soberano realizaba "una ceremonia fundadora de la teología atoniana", como

---

<sup>102</sup> Las únicas estatuas que se encuentran en los templos atonianos eran representaciones de Ajenatón y de los demás miembros de la familia real. (Shaw, 2007), Pág. 373

<sup>103</sup> (Baines, 1998), Pág. 297

<sup>104</sup> (Laboury, 2012), Págs. 212-224

<sup>105</sup> Según Lull, se produjo posiblemente durante el segundo año de reinado.

el mismo explica.

En la escena se observa una gran reunión solemne en el espacio público del palacio, y su significado queda claramente explicado por la actitud del rey: mientras extiende la mano derecha en dirección a sus súbditos, lo cual en el arte egipcio representa que les está dirigiendo un discurso, con la otra mano presenta el doble cartucho con el nombre dogmático de Atón.

Por tanto aquí nos encontramos con esa dimensión de confirmación oficial de la nueva teocracia a través del uso y la realización de la heredad del Atón en Karnak.



Detalle de una escena del Teny-menu, reconstruida a partir de sus *talatates*, donde podemos ver a la pareja real mientras presenta el doble cartucho de Atón a la élite dirigente de la población egipcia.

Es innegable el paralelismo con las *Heb Sed* de Amenhotep III, quien como ya hemos visto en el apartado 2.2 fue objeto de una divinización solarizante al ser identificado con “el Atón”. En el caso de Amenhotep IV también parece atestiguado un hecho análogo, como indica Assmann, el rey centra y concentra en su persona toda la devoción popular, y se dirigen a él como lo harían a un dios. Tanto en las cartas de Amarna como en las representaciones de las tumbas de particulares en Ajetatón, los vasallos extranjeros lo llaman “mi sol” o “el sol/Atón viviente”.

Como apunta Laboury<sup>106</sup>, la categoría divina de Amenhotep IV se observa en las escenas de los *talatates* en la actitud y el papel otorgados a los asistentes a las acciones del rey, al contrario que bajo Amenhotep III, todo el mundo, tanto egipcios como extranjeros, se inclina ante el faraón solar y manifiesta un respeto y una sumisión absolutos hacia sus acciones, sus deseos y sus apariciones.

Se produce una verdadera ritualización de la vida del rey, representándose en los muros de los monumentos oficiales y sagrados, destinados a durar por toda la eternidad. Esta celebración de la vida del monarca como una liturgia, se puede observar en una serie de relieves del Rudj-menu, en ellos encontramos a Ajenatón y Nefertiti en la intimidad del palacio: lavándose, vistiéndose, etc.

<sup>106</sup> (Laboury, 2012), Págs. 224-228

En conclusión, la “heredad del Atón en Karnak” aparece como una gigantesca máquina de afirmación y concretización de la nueva teocracia que en adelante pretende encarnar el rey atoniano «que vive de *maat*», como el propio sol. Si además tenemos en cuenta la omnipresencia de la protección militar del monarca resulta evidente que este faraón desarrolló una política de gestión a la medida de sus ambiciones.

Para poder comprender las bases de esta nueva teocracia es necesario realizar una aproximación al dios Atón, pues al fin y al cabo se convierte en la única fuente de legitimidad para reinar.

### 4.3 LA REVOLUCIÓN ATONIANA Y SUS ANTECEDENTES

Como nos indica Assmann<sup>107</sup>, **el nuevo dios de Ajenatón es el sol, o, en egipcio, “el sol vivo”**. El sol vivo es esa energía que con su movimiento produce el tiempo, y con su radiación la luz y, por ende, todas las cosas visibles.

El atonismo es una radicalización de la “nueva teología solar” que se había ido produciendo durante el Reino Nuevo, y se caracteriza porque la nueva imagen del curso del sol es: anti-mítica y anti-constelativa, pues con la nueva concepción, el dios solar está solo en su curso y los dioses ya no colaboran en el mantenimiento del su curso como acontecer salvador (como era tradicional), esto conlleva la eliminación de las referencias mitológicas que describían el drama cósmico. También es anti-antropomorfa, pues se trata de una teología estrictamente heliomorfa.

Como nos indica Hornung<sup>108</sup>, “por primera vez en la historia, lo divino se convirtió en *Uno*, sin la complementariedad de los muchos. La abundancia de formas es restringida a la única manifestación del Atón que despliega sus rayos”. Por ello, la naturaleza de Atón no se revela en imágenes míticas, sino sólo al esfuerzo y a la penetración mentales; y tampoco a cualquiera, sino sólo a Ajenatón y aquellos instruidos por él. Ajenatón es el único profeta del Dios. Así se podría reducir la nueva fe a la fórmula “No hay más Dios que Atón y Ajenatón es su profeta”. De esta manera, el rey monopoliza la relación con lo divino, y evita de este modo cualquier tipo de injerencia en los asuntos de la corona, o como dice Laboury “Atón se convierte en un dios amordazado”.

Pero con todo, lo realmente revolucionario fue el vuelco en el modo de pensar, ya que sumergió todas las formas externas tradicionales en una luz nueva. Empezando con el cambio de nombre natal del monarca, del que desaparece el nombre del dios Amón, se van eliminando cosas paso a paso. Amón es sustituido por Atón, las afirmaciones míticas, por racionales, la lógica polivalente, por una bivalente, los dioses por Dios. Todo esto ocurre dentro de una cuidadosa planificación. Para Hornung, Ajenatón no era un “soñador”, sino un racionalista coherente. Etapa tras etapa, su obra reformista se lleva a cabo tan pronto como las premisas políticas y de poder estuvieron creadas. El hecho más notable del vuelco de este pensamiento tuvo lugar con la persecución de los antiguos dioses. Policía y ejército recorren el país para borrar de todas las inscripciones el nombre del dios proscrito Amón; también son tachados otros nombres de dioses, así como el plural de la palabra “dios”, pero menos sistemáticamente<sup>109</sup>.

La religión tradicional debía ser ignorada y olvidada. La enorme variedad de templos, cultos, ritos, fiestas, mitos, himnos e imágenes tradicionales debía ser reemplazada por un puñado de himnos que promoviesen la nueva doctrina, un culto puritano sin magia ni simbolismo y una presencia masiva de la familia real<sup>110</sup>.

---

<sup>107</sup> (Assmann, 2005), Págs. 267-262

<sup>108</sup> (Hornung, 1999), Págs. 224-226

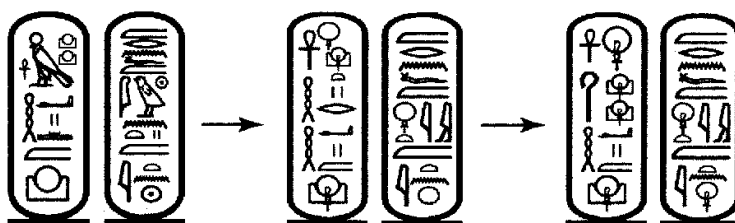
<sup>109</sup> (Assmann, 2005), Pág. 272

<sup>110</sup> (Assmann, 2005), Pág. 273

Para Laboury<sup>111</sup>, el atonismo aparece como una síntesis de las dos tendencias que animaban la evolución de la religión egipcia al inicio del reinado de Amenotep IV, por un lado, la nueva teología solar, con su búsqueda de una nueva comprensión de lo divino con una forma a la vez más tangible y globalizadora, universal; y, por el otro, la emergencia de una religiosidad individual que buscaba establecer una relación privilegiada, de tú a tú, con la divinidad. En este sentido, la radicalización de la teología atoniana, puede ser calificada de indirecta y políticamente utilizada; pues si bien la divinidad nunca fue tan universal y visible por todos, Atón es sobre todo, y de forma casi exclusiva, el dios personal del rey. Recalcándose la dimensión regia del dios y su asociación con el rey integrando el nombre del dios en un par de cartuchos.

Ajenatón veía en el Atón al creador universal de toda vida y así lo conmemoró en varios himnos que han sobrevivido entre los relieves de las tumbas de sus cortesanos en Amarna. Su “Himno a Atón” es una composición de gran belleza y ha sido equiparado al Salmo 104 de la Biblia. Pero hay una diferencia importante entre el dios sol de Ajenatón y la divinidad judeo-cristiana-islámica. El dios de Ajenatón no se compromete con la humanidad más allá de la entrega de la luz y la vida, una tarea que también realiza para todo ser viviente sobre la faz de la tierra, sea animal o vegetal. El recorrido de Atón a través del cielo no posee contenido moral<sup>112</sup>, y el rey se limita a defender la verdad de que Atón es el único dios, sin preocuparse en absoluto por el orden social o moral. Para Quirke<sup>113</sup>, esta deficiencia junto al hecho de que ese acceso al dios sol se limitaba únicamente a la protección real, pudo haber animado a regresar a la religión tradicional.

Resumiendo, podemos decir que Ajenatón, rompiendo con la tradición religiosa politeísta anterior, pero especialmente con Amón, proclama la existencia de un dios único, omnipotente, creador e incognoscible, Atón. Como que dios es incognoscible, el rey se convierte en el único mediador entre el dios y los hombres<sup>114</sup>, por ello nos encontramos con la primera religión monoteísta y revelada de la historia. El rey pasa de ser un catalizador cósmico a un profeta del dios delante de los hombres. Y el dios en tanto que ser único y creador se diferencia de la naturaleza que es su obra, perdiéndose con ello uno de los principios fundamentales del discurso mítico. Además introduce la noción de un tiempo lineal, excluyéndose cualquier “retorno”, porque la obra de dios nace ya perfecta e inmutable<sup>115</sup>.



Las tres sucesivas variantes del nombre dogmático de Atón en su doble cartucho

<sup>111</sup> (Laboury, 2012), Págs. 234-237

<sup>112</sup> (Baines, 1991), Pág. 189

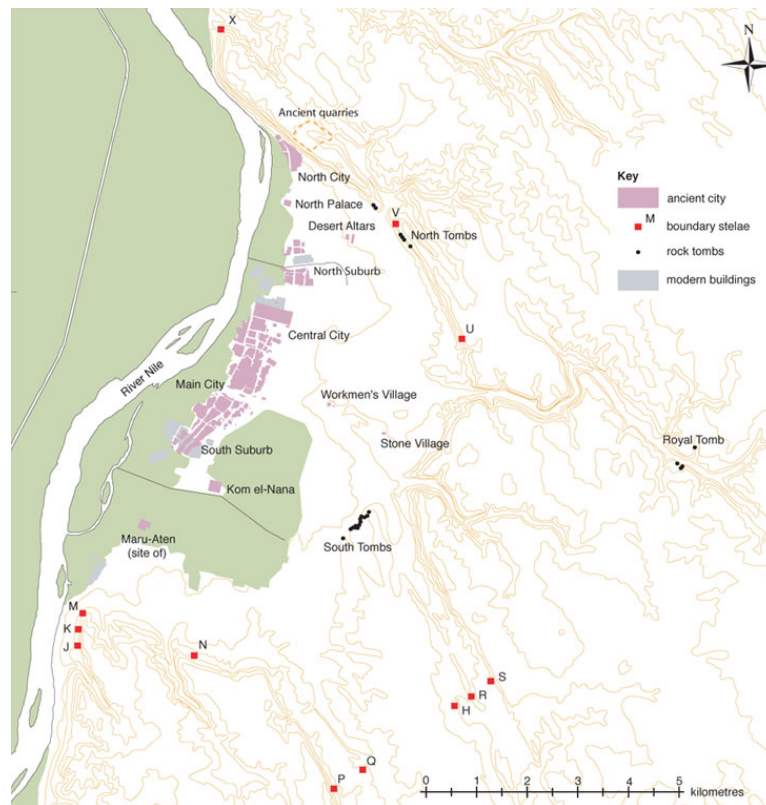
<sup>113</sup> (Quirke, 2003b), Pág. 56

<sup>114</sup> (Baines, 1991), Pág. 189

<sup>115</sup> (UOC, 2002)

#### 4.4 AJETATÓN O EL HORIZONTE DE ATÓN

Ajetatón, la actual Amarna, esa franja de tierra virgen que Ajenatón eligió para su nueva ciudad dedicada a Atón, debió su elección a varios factores, uno de los cuales lo encontramos en la sugestiva topografía del lugar, con sus escarpados acantilados que recordaban al jeroglífico *akhet*, “horizonte”, a través del cual el sol renacía cada mañana. Políticamente neutral (por la ausencia de ocupación), Amarna estaba también bien situada desde el punto de vista topográfico, al encontrarse a distancias similares de las dos ciudades principales, para combinar sus funciones de control administrativo y económico<sup>116</sup>.



Ajetatón

“Mallison ha sido capaz de mostrar que las proporciones del Gran Templo de Atón, cuando fue proyectado, eran una réplica de las de los límites de la ciudad (revelando la oculta realidad de que toda la fundación había sido, de hecho, concebida como un enorme templo). Sin embargo, lo que resulta todavía más enigmático es el foco de este “templo”: la tumba real de Amarna. En la tumba real se distingue una nueva confirmación sobre la esencia de la religión de Amarna: la propia monarquía.

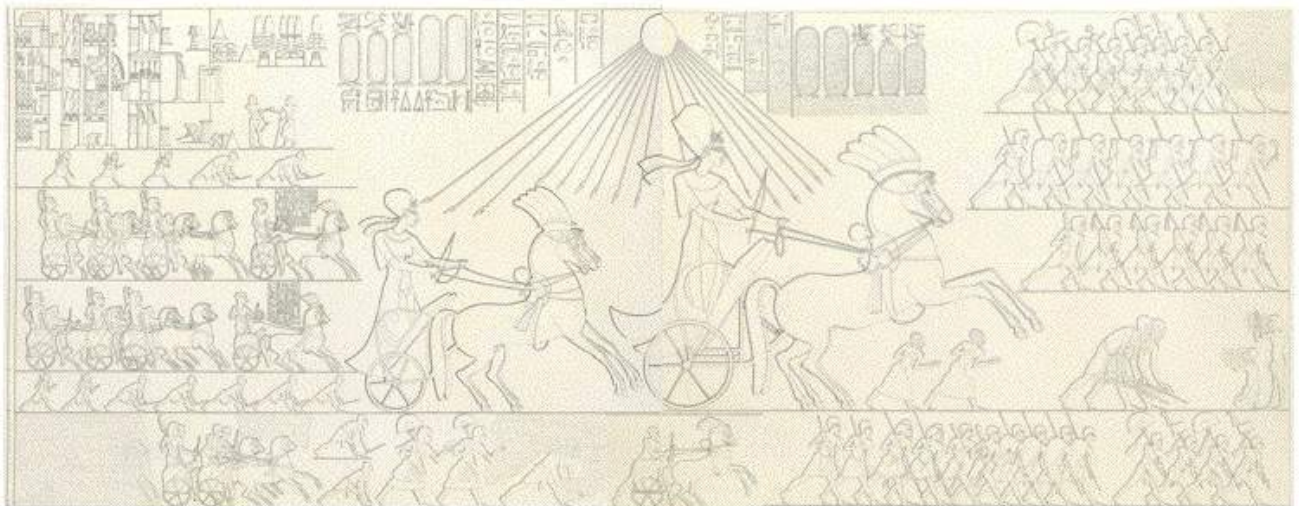
En esta nueva teología, la tumba real es el sepulcro no sólo del propio Ajenatón; como lugar del renacimiento del Atón, representa el lugar de enterramiento y punto de la diaria resurrección de todos los reyes de Egipto, pasados, presentes y futuros, que se habían fundido, o se fundirían finalmente, en uno con el ente solar. Para Reeves, el culto de Ajenatón a una

<sup>116</sup> (Reeves, 2002), Pág. 152

única divinidad no era tal se trataba de un culto a los antepasados en forma exagerada, enfatizando el poder divino de la realeza<sup>117</sup>.

Posiblemente durante el octavo año del reinado, Ajenatón y su corte se instalaron en Ajetatón. Toda una ciudad se desarrolló en torno a la vida ceremonial del monarca solar, cuya vida misma era interpretada como una liturgia permanente, y todas las capas sociales vivieron, de cerca o de lejos, de esta interacción con el “hijo perfecto de Atón”. La imbricación de templos y palacios, prevista en el decreto de fundación de la ciudad, así como la estructura misma de Ajetatón no deja la menor duda al respecto: el dios que recorre el lugar en procesión y realiza en él apariciones ceremoniales y festivas, aquel cuya vida marca el ritmo de la vida de la ciudad y asegura la identidad de sus habitantes, es sobre todo Ajenatón. Tanto por su nombre como por su simbolismo, su finalidad y su modo de funcionamiento, Ajetatón se presenta como el lugar de la realeza sagrada o la teocracia de Ajenatón<sup>118</sup>.

Ajenatón eliminó las fiestas con las procesiones de los dioses, pero como dice Kemp<sup>119</sup> no se sustituyeron por otras en las que se adorase al Sol en un calendario establecido de fiestas (los solsticios y los equinoccios). En su lugar a lo largo de la Vía real se realizaba un desfile solemne de la nueva triada sagrada formada por Atón – Ajenatón – Nefertiti<sup>120</sup>, el primero en el cielo, sobre las cabezas de la gente, los dos últimos sobre la tierra, en sus carros de brillante oro solar<sup>121</sup>. Para Kemp, el hecho de no fijar un programa de festejos de carácter popular en torno al Atón, desligados de los que rodeaban la persona del faraón, pudo ser una razón importantísima de su fracaso.



Tumba de Merire en Amarna (TA4). Aparecen representados Ajenatón y Nefertiti conduciendo sus carros en la Vía Real.

<sup>117</sup> (Reeves, 2002), Págs. 155-156

<sup>118</sup> (Laboury, 2012), Págs. 321-322

<sup>119</sup> (Kemp, 2004), Pág. 350

<sup>120</sup> Se encuentran oraciones dirigidas a esta triada de poderes en las jambas de las puertas que dan entrada a las tumbas de Amarna. (Aldred, 1989), Pág. 250

<sup>121</sup> (Reeves, 2002), Págs. 183



La familia real también estaba presente en las estelas de los santuarios domésticos, donde aparecían el Atón por encima de un rey de aspecto más bien relajado que, rodeado por sus hijas vestidas de formas diferentes, acaricia afectuosamente a su esposa.

No obstante, según Lull, en la práctica diaria, la nueva religión probablemente sólo reemplazó a la religión oficial del Estado y a la de la elite; la mayor parte del pueblo continuó adorando a sus dioses tradicionales, a menudo locales, lo mismo que ocurrió en el período precedente con Amón-Re, pues era la manera de comunicarse e interactuar a título individual con las divinidades y las fuerzas naturales que intervenían en la vida diaria. En la propia Amarna se han conservado bastantes objetos votivos, estelas y pinturas murales que representan o mencionan a dioses como Bes y Tauret (ambos relacionados con los partos), la diosa de la cosecha Renenutet, las deidades protectoras Isis y Shed, etc.<sup>122</sup>.

En estas estelas de los santuarios domésticos y en las tumbas privadas, entre otros lugares, podemos observar la iconografía del período amarniense, donde se han producido sorprendentes cambios con respecto a épocas precedentes<sup>123</sup>, en la composición y el gesto, y donde se tratan de una forma mucho más abierta cosas que hasta el momento habían sido privadas y sacrosantas, estos cambios, vienen favorecidos por la adopción de un nuevo canon de proporciones. Se abandona el concepto de eternidad a favor de una atención obsesiva y detallada por el aquí y ahora. Por ejemplo el rey, tal y como nos indica Aldred<sup>124</sup>, está representado como si tuviera una deformación en la cabeza, con una larga nariz, labios carnosos, una barbilla prolongada y un largo cuello. Su físico, era indiscutiblemente femenino, con senos desarrollados, caderas redondeadas y grandes muslos. ¡Cuan diferente de la iconografía tradicional del rey heroico!

La puesta en escena y la glorificación permanente del poder real, funciones básicas de Ajetatón, se realizaban con gran pompa; pero sobre todo con la participación de un amplio público (en especial la élite), necesario para que sean eficaces. Como indica Marc Gabolde, la vida de la ciudad seguía el ritmo del movimiento del sol y las devociones del rey, cuya vida misma era interpretada como una liturgia permanente. En esto, Ajetatón no fue nunca una capital, sino un lugar donde la única ley en vigor exaltada en la “doctrina lealista” era la “etiqueta” deseada por el rey<sup>125</sup>.

Precisamente las tumbas privadas de Amarna, pertenecientes a los altos funcionarios de la ciudad, fueron la recompensa del rey a sus súbditos más leales, aunque para Aldred, las pródigas intenciones del rey excedieron sus recursos, pues ninguna de ellas está completa<sup>126</sup>.

En Ajetatón son muchos los que parecen haber acumulado funciones cortesanas, de intendencia, en el ejército o sacerdotales. Los militares gozan de buena posición. Entre los

---

<sup>122</sup> (Padró, 2006), Pág. 251, (Shaw, 2007), Pág. 376

<sup>123</sup> Las inscripciones nos informan de que fue el mismo rey quien instruyó a sus artistas en el nuevo estilo. (Shaw, 2007), Pág.370

<sup>124</sup> (Aldred, 1989), Pág. 28

<sup>125</sup> (Laboury, 2012), Pág. 324

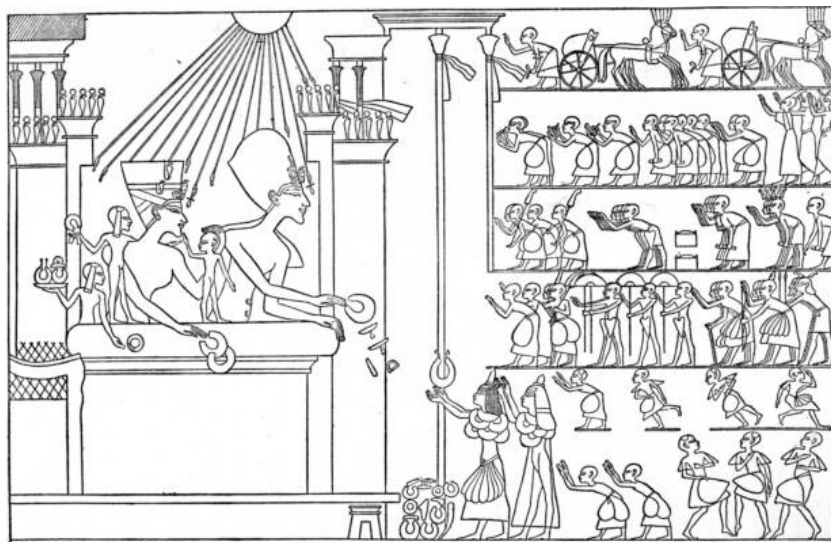
<sup>126</sup> (Aldred, 1989), Pág. 34

hombres importantes en Ajetatón están los que dirigen la ciudad, el jefe de la ciudad el visir, el jefe de los guardias reales, los que dirigen las obras del soberano, etc.

Todos frecuentan la corte y, en cierto modo, viven a expensas del rey (se trata de un intercambio que, en realidad, es mutuamente beneficioso). Si bien en el antiguo Egipto la Corona monopolizaba lo esencial de los recursos a escala nacional, la economía faraónica se basaba en un sistema de redistribución de los recursos y los productos hacia los afiliados y subordinados del poder central. En el antiguo Egipto la remuneración se realizaba, en ausencia de un verdadero sistema monetario, en especie.

Como indica Kemp<sup>127</sup>, en Ajetatón a diferencia de los templos del Imperio Nuevo, no se construyó un granero dentro de sus recintos. El único granero de tamaño apreciable que se puede apreciar es el de la Casa del Faraón. Esto indica que había un control muy directo de las riquezas del templo por parte de la corona, lo cual está en consonancia con el tono general del reinado de Ajenatón. Los templos del Atón eran obra suya y por lo visto una prolongación de los dominios de palacio.

El monarca monopolizaba los recursos, y se puede comprobar en la decoración de las tumbas de los cortesanos el proceso complementario de redistribución utilizado por el rey respecto a sus afiliados. Es el tema principal de la iconografía de estas sepulturas: una audiencia real, en la que encontramos al rey en el balcón de apariciones, durante la cual el monarca recompensa, delante de la corte, a sus subordinados por su buena conducta, es decir por su obediencia a sus órdenes<sup>128</sup>.



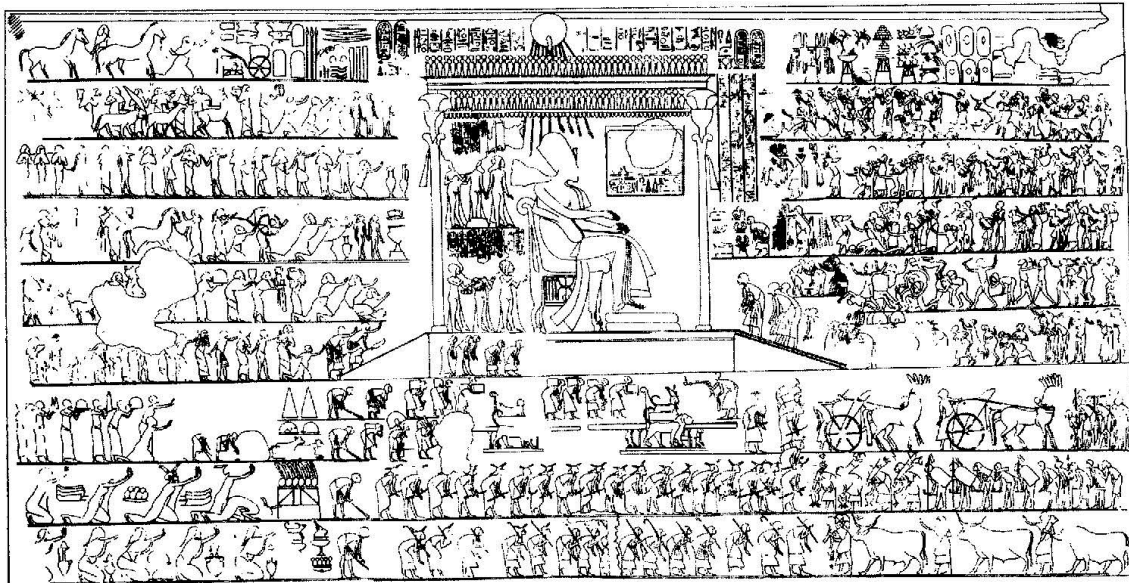
Escena de recompensa en la tumba de Ay en Amarna (TA 25)

<sup>127</sup> (Kemp, 2004), Pág. 356

<sup>128</sup> (Laboury, 2012), Pág. 332

Durante el noveno año de reinado, indica Lull, es cuando se comienza a llevar a cabo la orden de eliminar los nombres e imágenes del resto de dioses allá donde se encontrasen, en paredes de los templos, en obeliscos, en santuarios, etc.<sup>129</sup>.

A comienzos del año 12, en pleno apogeo del reinado, Ajenatón recibió con gran pompa los tributos de todos los países extranjeros que mantenían relaciones con Egipto. En esta fastuosa ceremonia se encuentra acompañado por Nefertiti, y sus seis hijas.



Escena de la recepción de tributos extranjeros del año 12 en la tumba de Merire II en Amarna (TA2)

Sin embargo, poco tiempo después, la familia real quedó diezmada, posiblemente por la peste. Las primeras en desaparecer fueron las dos princesas más pequeñas, Setepenra y Neferneferura, después las seguiría Meketatón<sup>130</sup>. Las tres fueron inhumadas en unas habitaciones excavadas para ello en la tumba real de Amarna. Pasado ya el comienzo del año 13, los decesos continuaron y pronto le llegó el turno a Neferneferuatón-tasherit, y algo más tarde a la reina madre, Tiy.

Aproximadamente en el año 13 de su reinado, Ajenatón puso como corregente a Esmenjkare<sup>131</sup>. Este enigmático personaje tuvo un reinado breve, a lo sumo duró un par de años, según Lull nada se sabe sobre su procedencia, y generalmente los historiadores suponen que estuvo casado con Meritatón<sup>132</sup>.

Posteriormente Ajenatón tomaría otro corregente. Para Reeves<sup>133</sup>, la “desaparición” de la gran esposa real Nefertiti fue el resultado, no de su muerte o su caída en desgracia, sino de un

<sup>129</sup> (Baines, 1998), Pág. 272

<sup>130</sup> (Vandersleyen, 1995), Pág. 449

<sup>131</sup> (Padró, 2006), Pág. 256

<sup>132</sup> La única inscripción de este faraón la encontramos en la tumba de Merire II (TA2). En esta tumba, el panel de inscripciones que identificaba a la pareja real representada en la escena, según la copia realizada por Lepsius en 1840, nos indica que se trata de Esmenjkare y su gran esposa real Meritatón. (Laboury 2012), Pág. 408

<sup>133</sup> (Reeves, 2002), Pág. 227

cambio de nombre, consecuencia a su vez de un aumento de rango (de gran esposa real a corregente). En este nuevo papel Nefertiti adoptó una titularidad real, cartucho incluido, con el nuevo nombre de entronización y un nomen que incorporaba el epíteto que se le había conferido tiempo atrás en el reinado de su marido: Ankhkheprura Nefernefruatón.

## 4.5 POLITICA EXTERIOR

En cuanto a política exterior, Ajenatón ha sido tachado por diversos autores (Padró, Aldred, Reeves, entre otros) de desidia y desinterés respecto a este asunto. Sin embargo, para Vandersleyen<sup>134</sup>, es un error creerlo, pues el tono seco utilizado en la carta (EA162) que envió para reprender a Aziru es impresionante y transmite fuerza y autoridad. Para Darrell y Manassa<sup>135</sup> “un nuevo examen de la correspondencia internacional sugiere, por el contrario, que era un maestro en el uso maquiavélico de la diplomacia”

Como expone Laboury<sup>136</sup>, Ajenatón sigue una activa política de injerencia con todos sus vasallos levantinos. Además, sigue realizando deportaciones con fines aculturadores que garanticen una mayor lealtad (p.e. Yakhtiru, gobernador de Gaza y Jaffa, carta EA296) utilizando la red de informadores creada por este medio para optimizar su visión de la geopolítica, siempre compleja y cambiante en esta región del imperio, en la cual los jefes de las ciudades-Estado atacan a sus vecinos, cuando no son ellos mismos amenazados, destronados o asesinados por los miembros de su propia familia, como por ejemplo Rib-Adda de Biblo, derrocado por su hermano y cuyos hijos fueron entregados por este a sus enemigos del país de Amurru (carta EA142).

Desde esta perspectiva, el rey se aprovecha de todos los conflictos locales que puedan producirse y va recabando información de uno y otro bando, sigue muy de cerca todas las actividades que podrían constituir una amenaza para sus intereses, aunque intenta reducir al máximo las intervenciones militares directas.

En este contexto, el antiguo aliado de Egipto desde hacía más de medio siglo, el reino de Mitanni, terminó por derrumbarse ante la presión de las tropas hititas de Shuppiliuma.

Dentro de su atenta y en ocasiones maquiavélica política de protección de los intereses egipcios, Ajenatón intentó poner en práctica una estrategia que pretendía aprovecharse de la ambición de Aziru de Amurru<sup>137</sup>, un pequeño reino en expansión al norte de la actual Siria, para crear un Estado tapón que protegiera de las ambiciones hititas los territorios del Levante bajo obediencia egipcia.

Sin embargo, tras la incorporación de la ciudad de Qadesh a la esfera de influencia hitita, esta estrategia comenzó a tambalearse. Como puesto avanzado de Hatti, Qadesh, situada a 24 km. al suroeste de Homs, suponía un peligro potencial al permitir rodear el estado tapón de Amurru y conseguir así un acceso rápido y fácil a las posesiones egipcias de Levante. Peor resultó el entendimiento entre Aziru y Aitakkama de Qadesh, pues les dejaba abierto el camino a toda la franja septentrional del imperio de Egipto.

---

<sup>134</sup> (Vandersleyen, 1995), Pág. 439

<sup>135</sup> (Laboury, 2012), págs. 366

<sup>136</sup> (Laboury, 2012), págs. 376-377 y 397-399

<sup>137</sup> Al igual que hizo Amenhotep III, con el padre de éste, Abdi-Ashirta.

Posteriormente, Ajenatón lanza una expedición punitiva contra Aitakkama, el turbulento señor de Qadesh, a sueldo de los hititas. Pero las fuerzas egipcias, cuyas victorias parece que todavía seguían en el recuerdo de todos, resultan vencidas.

El rey intentó entonces hacerse de nuevo con el control de la situación convocando Aziru a Egipto (EA162), mas en vano. En esta carta, las quejas y órdenes del monarca dejan claro que Aziru trabaja por cuenta de Egipto y había recibido órdenes concretas. Ajenatón reclama a Aziru que esté en paz con Aitakkama de Qadesh con el que se ha batido (y con el que, por cierto, ha salido perdedor). En esta carta Ajenatón, combina amenazas “en caso de traición él y su familia morirán” y promesas de recompensas a Aziru, y se deja entrever que es consciente que está perdiendo el control de la situación. Por otro lado, Ajenatón intenta manipular a su interlocutor alabándolo “¿acaso hay algo que el rey no hiciera por ti?”. De forma por completo única en la historia del antiguo Egipto, las palabras de Ajenatón nos hablan de la realidad del poder y de la necesaria interacción entre las diferentes personas, que la ideología faraónica tradicional siempre intenta velar, en beneficio de la visión teórica de un rey omnipotente, que decide él solo y es obedecido de inmediato.

Mientras los hititas aprovechaban la derrota egipcia para responder con una invasión del valle de Amq, el cual abre la vía a toda Siria-Palestina desde el este de Anatolia, ocurrió el fallecimiento de Ajenatón durante su decimoséptimo año de reinado, dejando a Egipto en una situación especialmente delicada.

Tras su muerte, Ajenatón sería condenado al olvido, paulatina pero inexorablemente durante el reinado de sus sucesores, su ciudad quedaría deshabitada, sus monumentos serían desmantelados e incluso su nombre desaparecería de la lista de reyes de Abido.

## 5. CONCLUSIÓN

La figura de Ajenatón que emerge de esta investigación es la de un faraón con carácter y personalidad, con una meta claramente definida, reafirmar el poder real.

La revolución amarniense se debió a la culminación de una corriente de pensamiento llevada hasta las últimas consecuencias por Ajenatón, pero también al hecho de que este faraón fue consciente del potencial peligro que representaba para la monarquía el sacerdocio de Amón, peligro que durante el reinado de Rameses XI hacia el 1100 a.C. se convirtió en realidad, cuando Herihor, sumo sacerdote del culto de Amón con ambiciones militares, se declaró a sí mismo como gobernante de Egipto. Lo que conllevó que durante la siguiente dinastía, la XXI, el único rey verdadero de Egipto sería el propio Amón<sup>138</sup>.

Para Ajenatón la expresión *ankh em maat* “el que vive de acuerdo al orden correcto” implicaba regresar a los primeros principios (a las condiciones de la realeza de que gozaban los monarcas de la IV dinastía que construyeron las grandes pirámides), a purificar, por cualquier medio necesario, una forma de vida que él consideraba se había apartado de su verdadero curso. Su versión de *maat* ponía especial énfasis en la realidad, el aquí y el ahora; en el abandono de Osiris y la creencia en un mundo del más allá; en la modernización del lenguaje<sup>139</sup>. Por tanto, si por algo se caracteriza Ajenatón, es por su atrevimiento al romper con los moldes establecidos, en una cultura que si por algo se definía, era por el valor que le daba a la permanencia.

Este faraón desde los inicios de su reinado se movió en una bien orquestada planificación para la consecución de su objetivo. Como indica Laboury<sup>140</sup>, todos los hechos de su reinado: su gestión de la cuestión de la estatua de oro con Tushratta de Mitanni, la organización económica del culto a Atón y el cinismo político que prevaleció en sus relaciones con Amurru, nos recuerdan que el rey de Egipto era un hombre aguerrido en sus responsabilidades políticas. No obstante, como es lógico, sus habilidades diplomáticas tuvieron más éxito en unos momentos que en otros.

Como nos indica Kemp<sup>141</sup>, las fuentes referentes a la monarquía de Ajenatón nos permiten reconstruir su actuación en público, configurando sin querer, una caricatura del rol público del líder carismático tal y como ha sobrevivido desde la Edad del Bronce hasta nuestros días. Los elementos que la componen son los siguientes: 1. la comitiva oficial, 2. la escolta armada, 3. ademanes de deferencia especial por parte de aquellos a quienes se permite acercarse, 4. la “aparición”, solo o acompañado de la familia, en el balcón de palacio, 5. pasar revista a las

---

<sup>138</sup> (Reeves, 2002), Pág. 255

<sup>139</sup> (Reeves, 2002), Pág. 185

<sup>140</sup> (Laboury, 2012), págs. 448

<sup>141</sup> (Kemp, 2004), Pág. 337

tropas y los representantes del imperio en público, 6. actos de culto públicos o semipúblicos, 7. y retratos del líder solo o en familia, en las casas particulares de la gente.

Ajenatón a través del atonismo, como señala Laboury<sup>142</sup>, intentó dirigir hacia su persona toda una serie de mecanismos de la religión egipcia que podían permitir reforzar la autoridad teocrática de su poder y, sobre todo, su control absoluto de esta teocracia. Ajenatón, más que cualquier otro soberano del antiguo Egipto, nos recuerda la realidad del poder, la básica interacción y la interdependencia que necesariamente unen a un monarca con sus súbditos, algo que sin embargo las fuentes egipcias tienden a enmascarar, en beneficio de una visión exclusivamente focalizada en los sublimes beneficios que el rey consigue para su pueblo al mantener el orden cósmico querido por los dioses.

---

<sup>142</sup> (Laboury, 2012), págs. 448-449



## 6. BIBLIOGRAFÍA

- Aldred, C. *Akhenatón Faraón de Egipto*. Edaf,S.A. (Madrid, 1989)
- Assmann, J. *Egipto Historia de un sentido*. Abada Editores, S.L. (Madrid, 2005)
- Baines, J. *Society, Morality, and Religious Practice* en, *Religion in Ancient Egypt*. Editado por Byron E. Shafer (London, 1991)
- Baines, J. *The Dawn of the Amarna Age* en, *Amenhotep III.Perspectives on His Reign*. The University of Michigan Press (Michigan, 1998)
- Cervelló Autuori, J.(1996), *Egipto, África y la historia. Egipto y África. Origen de la civilización y la monarquía faraónicas en su contexto africano* (cap. 1, pág.13-32) Sabadell: AUSA (Aula Orientalis-Supplementa, 13).
- Dodson, I ; Hilton, D. *Las familias reales del Antiguo Egipto*. OBERON. Grupo ANAYA,S.A. (Madrid, 2005).
- Eliade, M. *El mito del eterno retorno. Arquetipos y repetición*. Alianza Editorial,SA (Madrid, 2002)
- Frankfort, H. *La religión del Antiguo Egipto*. Laertes,S.A. de Ediciones (Barcelona, 1998a).
- Frankfort, H. *Reyes y dioses. Estudio de la religión del Oriente Próximo en la antigüedad en tanto que integración de la sociedad y la naturaleza*. Alianza Editorial (Madrid, 1998b)
- Hornung, E. *El uno y los múltiples*. Trotta (Madrid,1999).
- Johnson, W.R. *Amenhotep III and Amarna: Some new considerations*. Journal of Egyptian Archaeology (JEA), nº 82 (Londres, 1996)
- Kemp, B. *El Antiguo Egipto. Anatomía de una civilización*. Crítica (Barcelona, 2004).
- Laboury, D. *Akhenatón*. La Esfera de los Libros,S.L. (Madrid, 2012)
- Padró, J. *Historia del Egipto faraónico*. Alianza Editorial,S.A. (Madrid, 2006)
- Quirke, S. *Ra, el dios del Sol*. OBERON. Grupo ANAYA,S.A. (Madrid, 2003a).
- Quirke, S. *La religión del Antiguo Egipto*. OBERON. Grupo ANAYA,S.A. (Madrid, 2003b).
- Redford, D.B. *Akhenaten the heretic King*. Princeton University Press (Princeton, New Jersey, 1984).
- Reeves, N. *Akhenatón falso profeta de Egipto*. OBERON. Grupo ANAYA,S.A. (Madrid, 2002).
- Shaw, I. *Historia del Antiguo Egipto*. La Esfera de los libros S.L. (Madrid, 2007).
- UOC. *Prehistoria e Historia Antigua. El Egipto faraónico*. (Barcelona, 2002)
- Vandersleyen, C. *L’Égypte et la vallée du Nil. Tome 2 De la fin de l’Ancien Empire à la fin du Nouvel Empire*. Presses Universitaires de France (París, 1995).

### WEBGRAFÍA:

- La transcripción castellana de los nombres egipcios. Página visitada 19-03-2012.

[http://www.egiptologia.com/descarga/pdf/transcripcion\\_josep\\_padro.pdf](http://www.egiptologia.com/descarga/pdf/transcripcion_josep_padro.pdf)

- Josep Padró "El asalto al Museo de El Cairo salió barato". Página visitada 19-03-2012.

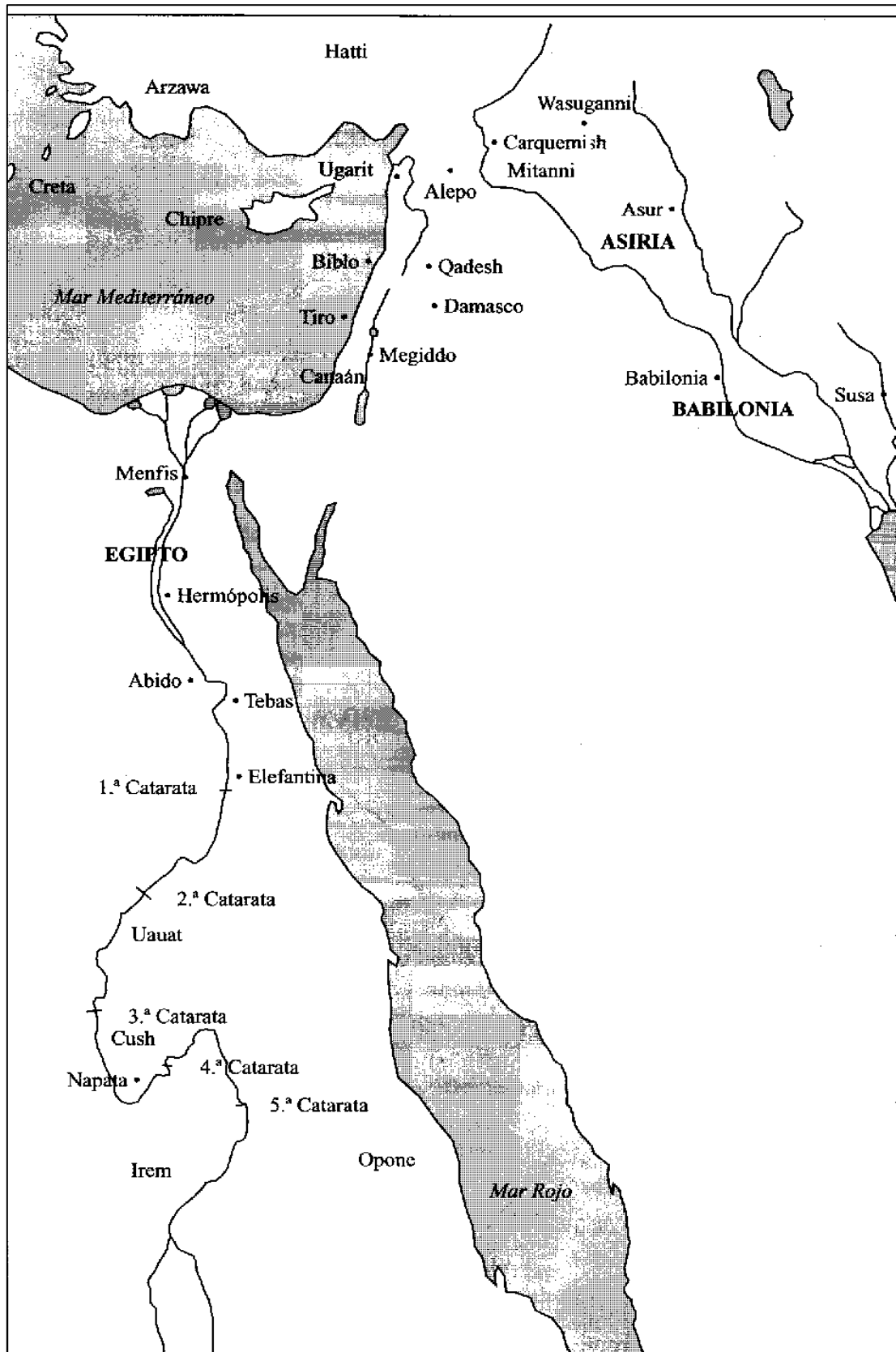
<http://www.lavanguardia.com/cultura/20110914/54215206549/josep-padro-el-asalto-al-museo-de-el-cairo-salio-barato.html>

### ENTREVISTA:

Para la realización de este trabajo se ha entrevistado el día 19/12/2012 al Dr. José Lull, del *Departamento de Ciencias de la Antigüedad y de la Edad Media. Facultad de Filosofía y Letras de la UAB.*

## 7. ANEXOS

El Próximo Oriente a mediados del segundo milenio a.C.



## LISTA DE REYES DE EGIPTO DEL SEGUNDO PERIODO INTERMEDIO A LA DINASTIA XVIII

**SEGUNDO PERÍODO INTERMEDIO****DINASTIA XIII (1786-1633)**

Jutauyre Ugaf  
 Sejemkare Amenemes-Senbuf  
 Sejemre-Jutauy Sejemkare Amenemes V  
 Hetcpibre  
 Iufni  
 Seanjibre Amenemes VI Esmenkare  
 Sehetepibre Seuadykare Nedyemibre  
 Jaanjre Sebekhotep I  
 Reniseneb  
 Autibre Hor I  
 Sedyefakare Amenemes VII  
 Sejemre-Jutauy Sebekhotep II  
 Userkare Jendyer  
 Esmenjkare Imira-Mesja  
 Hetepkare Inyotef IV  
 Set  
 Sejemre-Suadytauy Sebekhotep III(1744-1740)  
 Jasejemre Neferhotep I (1740-1730)  
 Sihathor  
 Janeferre Sebekhotep IV  
 Jahetepre Sebekhotep V  
 Uahkare Yayebi  
 Memeferre Iy (1700-1676)  
 Merhetepre Sebekhotep VI  
 Seanjenre Esuadytu  
 Mersejemre Ined  
 Suadykare Hori  
 Merkaure Sebekhotep VII  
 Dyedhetepre Thimeo (Dudimose)  
 Ibi II  
 Hor II  
 Se...kare  
 Suahenre Senebmiu  
 Sejaenre  
 Merjeperre  
 Merkare  
 + 18 reyes de orden inseguro

**DINASTÍA XIV (1700-1645)**

76 reyes de nombre y orden inseguro

**DINASTÍA XV (1644-1537)**

Salitis  
 Meruserre Jacob-her  
 Seuserenre Jyan  
 Auserre Apofis I  
 Apofis II  
 Jamudy (1542-1537)

**DINASTÍA XVI (1645-1537)**

Un mínimo de 18 reyes de orden inseguro +  
 Apofis III

**DINASTÍA XVII (1633-1552)**

Nebujepcrrre Inyotef V  
 Sejemre-Uahjau Rahotep  
 Sejemre-Uadyjau Sebekemsaf I  
 Sejemre-Esmentauy Tot  
 Seanjenre Mentuhotep VII  
 Suadyenre Nebirierau I  
 Nebircrau II  
 Esmenenre  
 Seuserenre  
 Sejemre-Shedtauy Sebekemsaf II  
 Sejemre-Upmaat InyotefVI  
 Sejemre-Herhermaat Inyotef VII  
 Esnajtenre Taa I  
 Seqenenre Taa II el Bravo  
 Uadyjperre Kamose

**IMPERIO NUEVO****DINASTIA XVIII (1552-1305)**

Nebpehtire Amosis (1552-1527)  
 Dyeserkare Amenhotep (Amenofis) I (1527-1506)  
 Aajeperkare Tutmosis I(1506-1494)  
 Aajeperenre Tutmosis II(1494-1490)  
 Maatkare Hatshepsut (Áspesis) (1490-1468)  
 Menjeperre Tutmosis III(1490-1436)  
 Aajeperure Amenhotep (Amenofis) II (1438-1412)  
 Menjeperrure Tutmosis IV (1412-1402)  
 Nebmaatre Amenhotep (Amenofis) III (1402-1364)  
 Neferjeperrure Amenhotep (Amenofis) IV / Ajenatón (1364-1347)  
 Esmenjkare (1349-1346)  
 Nebjeperrure Tutankhatón / Thtankhamón (1346-1337)  
 Jeperjeperrure Ay (1337-1333)

Dyaserjeperrure Horemheb (Harmais) (1333-1305)